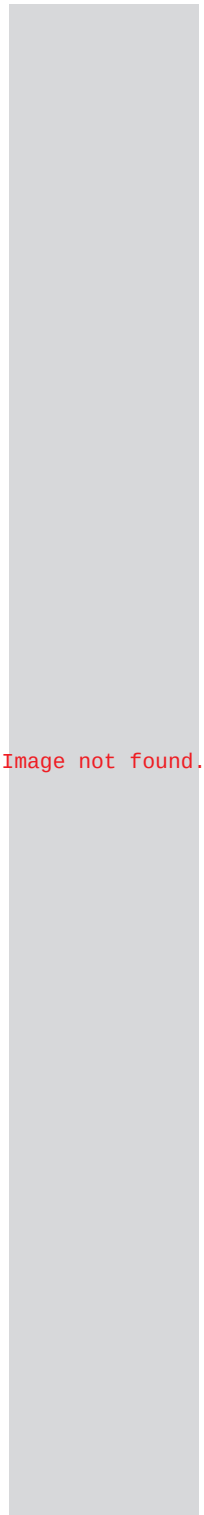
Instinto animal

Angelica Martelo



Capítulo 1

Capítulo 1

La luz de las farolas brillaba sobre las empedradas calles del distrito rojo opacando el etéreo brillo de las lunas. Múltiples tabernas y burdeles bullían de actividad proporcionando placeres carnales y lujos clandestinos a los acaudalados clientes que concurrían sus establecimientos.

Cerca de la calle principal un hombre caminaba sin prisa observando la alegre actividad que había a su alrededor. No era desconocido para él los negocios y diversiones que la zona brindaba, de hecho, varias veces al año visitaba Milicent's bay para gozar y olvidarse de todo por unos minutos, sin embargo, prefería pasar el tiempo dentro de su habitación estudiando los nuevos datos y análisis que sus experimentos mostraban, o dentro de la sede de investigaciones observando a la fierecilla pelirroja que lo desafiaba a cada instante. Sonriendo decidió que más tarde le haría una visita.

Esa noche las coloridas letras de Milicent's bay brillaban en un color verde limón flotando sobre la gran puerta de caoba sin tocar la fría piedra negra; una suave melodía salía a través de las ventanas entreabiertas acompañada por el susurro de voces femeninas. Observando a las chicas a través del cristalino vidrio el hombre tocó la pequeña gema azul incrustada en el centro de la puerta y esperó que lo atendieran. Un hada pasó frente a la ventana bamboleando sus caderas con cada paso que daba; un pequeño top blanco cubría sus delicados pechos permitiéndole ver el dibujo que sus alas plegadas formaban en su espalda. Finalmente, la puerta se abrió revelando la pequeña figura de Milicent, interrumpiendo así su grata visión.

—¡Lord Wilstrong! Que alegría veros —la duende se apartó un poco dejando pasar a su visitante—. ¿Puedo ofreceros algo de tomar?

Lord Wilstrong recorrió con la mirada el cálido vestíbulo mientras se quitaba la oscura capa que llevaba.

—No gracias, Milicent. Estoy esperando a alguien.

—Por supuesto, milord, si gusta podéis sentaros frente a la chimenea mientras esperáis. ¿Queréis que os prepare una habitación, señor?

Con un asentimiento el hombre se dirigió hacia la gran chimenea escogiendo una de las sillas laterales para acomodarse, disfrutando así del continuo desfile que las cortesanas hacían al entrar y salir de la habitación. Dos de las mujeres que había allí se colocaron de pie tan pronto lo vieron y sonriendo seductoramente se pararon frente a él

permitiéndole explorar con la mirada sus cuerpos. Ambas eran híbridas a juzgar por las marcas que tenían en sus hombros y muñecas, una de ellas tenía linaje de kelters y güindars mientras la otra venía de los elfos y cambia-formas. Satisfecho con lo que vio les hizo un ademan con la mano para que se acercaran. Aún tenía unos minutos antes de que su acompañante llegara y mientras eso sucedía planeaba disfrutar un poco de las atenciones femeninas.

No pasó mucho tiempo antes de que el sonido de una campanilla se escuchara por todo el lugar y Milicent apareciera nuevamente en la habitación. Con pasos apresurados la regordeta duende abrió la puerta, sorprendiéndose al descubrir que su nuevo cliente era lord Storlang, uno de los cinco gobernantes de Ylenor.

—Bu-buenas noches, milord —tartamudeó nerviosa mientras hacia una leve reverencia—. ¿En qué puedo serviros?

Tahmura la miró brevemente notando la repentina palidez de su olivácea piel. Era evidente que su presencia allí la incomodaba y, aunque, no disfrutaba del temor que le estaba causando tampoco le molestaba. Particularmente pensaba que la manera de reaccionar a grandes figuras de autoridad como él estaba influenciada por los secretos que cada persona guardaba; y dado que él no estaba allí por los de ella no tenía intención de gastar su tiempo en la duende.

—¿Taranis ya llegó? —preguntó entrando en la casa sin apartar la mirada de ella.

—Sí, señor, os está esperando en el salón. ¿Deseáis que os lleve algo, milord?

—Licor de plata y miel.

—En seguida, señor. ¿Deseáis algo más?

Tahmura lo pensó por unos segundos antes de asentir.

—Me gustaría que nadie entrara en el salón mientras hablamos.

Los ojos de Milicent se abrieron con sorpresa, pero asintió vigorosamente antes de hacerle una reverencia al güindar y marcharse.

Tahmura cruzó el corto espacio que lo separaba de la entrada del salón y observó con aburrimiento el espectáculo frente a él. Años atrás, cuando las cosas eran diferentes, hubiera disfrutado de la visión, pero ahora solo le desagradaba; no veía razón para desperdiciar el tiempo con híbridas habiendo tantas cortesanas de raza pura. Aun así, esperó unos minutos más, en consideración a su colega y cuando pensó que había sido

suficiente avanzó confiadamente hacia ellos.

Afortunadamente lord Wilstrong no tardó en notar al anciano y rápidamente se colocó de pie arreglándose la ropa y despidiendo a las cortesanas con un frío agradecimiento. Malhumoradas las híbridas se marcharon, no sin antes desocupar el salón para que los dos hombres pudieran hablar en paz.

—Milord —saludó Taranis una vez estuvieron solos.

Asintiendo con la cabeza Tahmura recorrió con la mirada las oscuras paredes de la habitación, arrugando la nariz con desagrado ante la burda decoración.

—Vaya lugar que escogiste esta vez Taranis.

Sabiendo que era mejor no contestar Taranis se sentó nuevamente sin importarle el protocolo y cambió rápidamente de tema.

—Escuche que estuvisteis en Lumber visitando a los Flayrlan.

El güindar bufó con desagrado y se acomodó en el sillón frente al kelter.

—El hijo mayor de Dunas decidió casarse con una veldem, y querían que estuviera presente en la ceremonia y firma de actas… —La habitación quedó en silencio por unos instantes mientras Milicent traía las bebidas y las servía; tan pronto se marchó el anciano volvió a hablar—… Sin embargo, eso no es por lo que estamos aquí. ¿Qué noticias me tienes?

Taranis bebió un sorbo de su copa disfrutando del leve frío que el licor dejó en su garganta.

—Ha habido un par de inconvenientes las últimas semanas, pero no es nada que no podamos manejar. No obstante, estoy bastante complacido por los avances que hemos hecho los últimos meses, nuestros resultados han sido exitosos y todas las pruebas demuestran que es posible hacer el cruce sin desestabilizar la magia.

Tahmura asintió satisfecho por la información.

—¿Qué hay de los nuevos implantes? ¿Alguno de los sujetos ha sobrevivido?

—No hasta ahora —El rostro de Taranis se volvió sombrío y un brillo furioso apareció en sus ojos—, todos terminan desarrollando efectos secundarios irreversibles, pero estoy trabajando en ello. La última prueba exitosa que hicimos fue etapa tres, por lo que estoy analizando los datos

para combinarlos con los demás y dar con una solución.

La propuesta no pareció gustarle a Tahmura, pero Taranis no iba a decirle que ya tenía la solución solo por complacerlo. Aquello era algo que él no necesitaba saber sin importar todo el apoyo que hubiera dado para el proyecto.

Taranis tomó otro sorbo del dulce líquido y dejó que el güindar pensara lo que quisiera. Ese proyecto era suyo y no quería que los colmillos de nadie más estuvieran mordisqueando en sus asuntos.

En algún lugar de la Tierra, Keira caminó molesta de un lado a otro estirando sus doloridos músculos sin prestarle atención al ocasional chirrido que las cadenas hacían al rosarse contra el metálico suelo. No era mucho el espacio que tenía para moverse, pero al menos esta vez podía dar poco más de tres pasos antes de que los grilletes cortaran su piel. Aquellos días se encontraba al borde, sus instintos animales estaban a flor de piel y su continua batalla mental no le ayudaba a mantener la escasa cordura que le quedaba.

Siseando con desagrado miró la comida frente a ella arrugando la nariz ante la sucia bandeja plástica; la carne estaba seca y dura al igual que el pan, y la minúscula ración de arroz desprendía un olor extraño. Después de tantos años recibiendo el mismo trato no lograba acostumbrarse a la miseria del lugar. Gruñendo pateó la bandeja al otro extremo de la habitación siseando con más fuerza cuando su espalda ardió en protesta por el movimiento. Los nuevos cortes que había adquirido hace dos días habían comenzado a sanar esa mañana y sospechaba que iban a tardar al menos tres días más antes de estar completamente curados; su magia no podía cerrar esas heridas sin antes encargarse del daño interno de su cuerpo.

Una vez más gruñó.

Un leve sonido capturó su atención y de inmediato detuvo sus pasos al mismo tiempo que cerraba los ojos para poder concentrarse en el ruido. No tardó en reconocer el patrón que hacían las vibraciones dentro de su celda y supo que alguien se acercaba. Instintivamente curvó sus labios hacia atrás de manera amenazadora y emitió un suave siseo cuando alguien se detuvo frente a su celda. Lentamente la puerta se fue abriendo al igual que sus ojos permitiéndole ver a Keira quien era el indeseado visitante. Era un hombre alto y rubio, de tez pálida, ligeramente cenicienta y apariencia juvenil.

Olfateando el aire Keira intentó reconocer al güindar y maldijo interiormente al darse cuenta de que nunca lo había visto. El hombre le

sonrió suavemente y dio un par de pasos dentro de la celda, sus manos estaban relajadas a sus lados y no parecía vacilar al acercarse. Desconfiada Keira siguió cada uno de sus movimientos, prestando especial atención a la daga que tenía atada en la cadera.

Notando su inspección el güindar tocó levemente la empuñadura del arma causando que Keira chasqueara los dientes como advertencia. Lentamente desenfundó la daga haciendo una mueca ante los gruñidos de Keira y la posó suavemente en el suelo antes de avanzar un par de pasos más.

—Soy Liam.

La furia de las olas golpeaba fuertemente las rosadas costas de Rosvelf dejando tras su paso destellos de color naranjas y rojos. Los truenos retumbaban por toda la ciudad asustando a los más jóvenes, mientras la plateada lluvia empapaba a todos los que estuvieran en las calles. Cerca de la entrada de la ciudad, sobre el gran acantilado, los delgados árboles se balanceaban con el fuerte viento rozando con sus finas ramas las ventanas y paredes de la pequeña casa.

Ajeno a la tormenta Kai leía sus notas una vez más haciendo los cálculos y análisis apropiados, asegurándose de evaluar todos los posibles fallos y sus consecuencias. Cuando estuvo convencido que los riesgos no serían demasiados se dirigió a la pequeña vitrina que colgaba en la pared y abrió con cuidado las finas puertas de cristal. Una ráfaga de aire frio lo golpeó en el rostro al mismo tiempo que agarraba una de las delgadas botellitas. Usando su magia descongeló el líquido rojo y lo vertió en la cobriza mezcla que había preparado anteriormente, un fuerte aroma a metálico mezclada con algo dulce similar al jazmín de medianoche inundó la habitación a medida que el hada revolvía la mezcla; poco a poco fue agregando las hojas machacadas asegurándose de integrarlas bien para finalmente añadir agua fresca. Satisfecho por el resultado vertió el líquido en nuevos recipientes y con ayuda de su magia los congeló.

Tendría que esperar a que la tormenta pasara para poder emprender su camino hasta el bosque Timbermoon y probar la mezcla, pero si los resultados eran exitosos valdría la pena esperar.

Una sonrisa se extendió por su rostro al pensar en el gran descubrimiento que estaba a punto de hacer, pronto sería conocido como el hada que salvó la magia de todas las razas.

Keira seguía sin entender que llevó al güindar a su celda aquella noche, ni porque parecía tan decidido a acercarse a ella. Todos le temían en aquel

lugar, y aquel hombre no era la excepción podía oler su nerviosismo y miedo pese a que él se esforzaba por aparentar tranquilidad. O el hombre era estúpido o le gustaba jugar con la muerte, fuera como fuese su presencia allí solo servía para alimentar el fuego salvaje que ardía en su interior.

Lentamente Liam continuó acercándose sin apartar la mirada de los dorados ojos de la joven. Una tristeza sobrecogedora lo embargó cuando por un fugaz momento los ojos de Keira brillaron con una tormenta de emociones tan profunda y oscura que se preguntó cómo era capaz de soportarla. En comparación a él, ella no era más que una niña y aun así su fortaleza podría igualarse con la de los más ancianos; verla allí encadenada era horrible y aterrador, pero al mismo tiempo sorprendente. Ni siquiera su raída ropa podía disminuir su elegante y salvaje encanto. Ella estaba parada frente a él con la espalda recta, el mentón levantado en desafío y los labios curvados hacia atrás revelando sus afilados colmillos.

Sabía que el tiempo se le acababa, pero no apresuró las cosas. Necesitaba que ella confiara lo suficiente en él como para dejarlo acercarse sin morderle la mano o arañarlo. Si algo salía mal no iba a tener otra oportunidad para esto.

—Voy a sacaros de aquí —afirmó Liam suavemente—, pero necesito que confíes en mí.

Los ojos de Keira se estrecharon y sus siguientes palabras fueron un siseo frío.

—No tengo motivos para hacerlo.

Liam hizo una mueca, sabiendo que la desconfianza de la joven estaba bien infundada.

—Cierto, pero tampoco os he dado razones para no hacerlo.

Keira sonrió cruelmente.

—Estás aquí, eso es más que suficiente.

No le pasó desapercibido a Keira la tensión que sus palabras generaron en Liam y no por primera vez se preguntó las razones de su presencia allí. Daría casi cualquier cosa por salir de ahí, pero los años le habían enseñado que todas las acciones tenían consecuencias, sin embargo, una diminuta chispa de esperanza titiló en su corazón.

Era consiente que el güindar era diferente a los hombres que trabajaban allí, podía sentirlo de la misma forma que sus instintos animales siempre

presentían el peligro, pero también sentía que había algo más. Su parte salvaje no lo entendía completamente y ella realmente no quería explorar la razón.

Como si conociera su duda interior Liam terminó de acortar la distancia entre ellos colocándose al alcance de sus manos y se quedó allí retándola con la mirada.

El primer impulso de Keira fue extender sus garras y rasgarle la garganta de una vez, pero logró controlarlo el tiempo suficiente para pensar. Si lo mataba alguien encontraría pronto el cuerpo y eso significaba otro castigo para ella, pero si él decía la verdad habría perdido su única oportunidad de escapar. Exasperada evaluó rápidamente todos los pros y contra, finalmente cerró los ojos tomando una decisión.

Aliviado Liam no dudó en comenzar a actuar.

Keira escuchó atentamente los lentos movimientos de Liam intentando no gruñir cuando sus fríos dedos rozaron la piel de su tobillo izquierdo, sin embargo, un amenazante siseo escapó de sus labios cuando el grillete se apretó levemente sobre su pie aumentando el ardor de la cortada. Desconfiada abrió los ojos justo a tiempo para ver un hexágono negro extendiéndose a lo largo de toda la cadena. Liam tocaba cada pocos segundos una de las doradas puntas y revisaba que la piel de Keira no estuviera tocando el anlyzer; finalmente cuando la cadena estuvo completamente cubierta deslizó su dedo por otra punta y esperó.

La cadena chirrió levemente segundos antes de que el anlyzer volviera a su forma original luego de haber transformado el metal en un fino cristal. Intrigada Keira observó cómo poco a poco su atadura comenzaba a cuartearse explotando finalmente en una pequeña capa de polvillo blanco. La esperanza floreció en su interior y una diminuta sonrisa apareció en su rostro.

Sin embargo, Liam frunció el ceño al ver la herida de Keira. Era lo suficientemente profunda para dejar una cicatriz y gracias a que no sangraba pudo notar las múltiples cicatrices blancas que había alrededor de la lesión. Notando su continuo escrutinio Keira gruñó y lo empujó en el pecho con su pie haciendo que el güindar perdiera el equilibrio y terminara sentado en el suelo.

—Terminad de una vez —gruñó molesta—. Se acaba el tiempo.

Colocando los ojos en blanco Liam colocó el anlyzer en la cadena de su otro tobillo y repitió el mismo proceso; cuando terminó se levantó y se quitó los dos collares que llevaba, extendiéndoselos a Keira. Cautelosa la joven los agarró y sin apartar la mirada de Liam abrió el pequeño frasco que colgaba de una de las plateadas cadenas. Un suave aroma a cítricos y

licor flotó hasta su nariz y Keira no tardó en reconocer el contenido.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó fríamente, incapaz de contener más sus dudas.

Liam sonrió con tristeza.

—Nada.

—Todos tienen un precio —gruñó Keira golpeando la metálica pared con su larga cola—. No esperaras que crea que haces todo esto de buen corazón.

—Niña, no os estoy ayudando porque pienso que me seréis útil —dijo Liam frunciendo el ceño.

—Entonces, ¿por qué?

Liam se encogió de hombros y comenzó a destruir las cadenas de sus brazos. No podía decirle sus razones debido a que si ella se enteraba estaba seguro que no dudaría en matarlo aún si al hacerlo perdía su oportunidad de ser libre; así que cambió de tema.

—Hay cerca de diez guardias custodiando cada piso, sin embargo, una vez las alarmas se activen todos te caerán encima. Si no puedes contra ellos escóndete en el bosque hasta que tengas la oportunidad de escapar; una vez fuera de las instalaciones toca tres veces el centro del cristal —Señaló el otro collar que le había dado—, te conducirá a Crystalia. Lo mejor es que seas rápida, ninguno de los altos mandos está y no sé qué tanto tardaran en enterarse de tu ausencia.

Keira tenía que reconocerlo, era la oportunidad perfecta para marcharse. La última cadena se deshizo y ella no perdió tiempo. Suavemente estiró sus brazos sobre su cabeza probando su capacidad de movimiento y dio unos tentativos pasos hacia adelante. Su espalda protestó al igual que sus costillas, pero el dolor era soportable. Mirando una vez más a Liam se bebió el amarantium que le había dado antes de sisearle suavemente y salir corriendo.

No pasó mucho tiempo antes de que las alarmas comenzaran a sonar. Gruñendo giró por una esquina deteniéndose de repente debido a los cuatro hombres que aparecieron frente a ella. Sin amilanarse ante la visión de sus armas se abalanzó sobre uno de ellos y con un certero movimiento de su mano le desgarró la garganta. Un suave clic sonó junto a ella y sin mirar hizo un salto mortal hacia atrás eludiendo las pequeñas agujas que le dispararon. Un fuerte dolor atravesó su cuerpo al aterrizar cortándole la respiración por unos segundos, pero se obligó a mantenerse

firme y con un bajo gruñido se abalanzo sobre otro de los hombres.

Pronto los cuatro hombres yacían inmóviles en el suelo con sus gargantas desgarradas. Sin mirar atrás ni una sola vez, Keira dejó que sus sentidos e instintos la guiaran antes de emprender de nuevo su carrera hacia las escaleras y al exterior del edificio. Varias veces se vio obligada a cambiar completamente de forma para enfrentarse a los guardias o a reducir su ritmo debido a sus lesiones, pero nunca se detuvo.

Finalmente, cinco pisos más tarde, Keira llegó a la puerta exterior y con un rugido de triunfo salió. Su visión no tardó en adaptarse a la oscuridad de la noche permitiéndole captar cada uno de los detalles del inmenso terreno, mientras sus felinas orejas giraban ante los diversos ruidos.

Aquella noche estaba bastante iluminada gracias a la luna llena y al despejado cielo lleno de estrellas. Las hojas de los árboles a su alrededor se movían en un suave baile debido a la helada brisa y un búho ululó a lo lejos por unos segundos antes de callarse abruptamente. Sabiendo que no estaba sola, Keira se apresuró a avanzar por el bosque en dirección a la reja; a medida que corría sus descalzos pies adquirían nuevos rasguños por las piedras, pero jamás hizo ruido al pisar. Múltiples aromas inundaban su nariz y no le costó descubrir que camino era el que debía tomar.

Poco a poco el bosque se fue aclarando dando paso a un pequeño pastizal cercado por una verja de hierro y alambre. Varios hombres armados esperaban que Keira apareciera, listos para disparar tan pronto la vieran. Sin embargo, ella los había olido desde antes y estaba preparada para la lluvia de agujas que lanzaron contra ella. Sabía que ellos no se atreverían a usar su magia por miedo a que algún humano lo viera dándole así una mínima ventaja. Alternando entre sus dos formas corrió en zigzag hacia ellos para luego abalanzarse sobre varios hombres usando su forma animal, pero en vez de matarlos como había hecho anteriormente siguió corriendo hacia la verja aprovechando la cantidad de hombres que había para escudarse entre ellos a medida que avanzaba. Varias agujas se clavaron en su hombro, pero no les prestó atención, no tenía sentido pelear contra ellos sabiendo lo débil que estaba solo esperaba que la dosis de amarantium que bebió fuera lo bastante fuerte como para repeler no solo el efecto de las drogas en su cuerpo sino también la de las agujas

Llegando finalmente al cercado saltó y se agarró a los metálicos barrotes los cuales trepó rápidamente para luego bajar de un salto. Siseando de dolor aterrizó sobre sus pies y tuvo que respirar profundamente varias veces antes de poder pasar el dolor a un segundo plano. A medida que corría por el camino de tierra sacó el collar con el cristal verde y siguió las instrucciones de Liam; un rayo de luz salió desprendido de él atravesando el pastizal a su izquierda. Corrigiendo su rumbo Keira se colgó el collar y cambió de forma para luego aumentar su velocidad mientras seguía la luz

que la conduciría a su completa libertad.

Capítulo 2

En una de las tabernas de Lumber, Kairos maldecía interiormente su suerte y a la causante de toda su desgracia.

Debió haberlo visto venir, aquella furcia nunca estaba conforme, siempre quería más. Más ropa, más zapatos, más joyas, más dinero. No importaba si el día anterior le había regalado un collar de cristaluces rosa —la piedra más rara y hermosa de toda Crystalia— al día siguiente ella estaría pidiendo uno más grande junto con unos aretes a juego y de ser posible un vestido que combinara con ellos. Y como si eso no bastara la desgraciada tenía una obsesión por las apuestas.

Negó con la cabeza al mismo tiempo que tomaba un gran sorbo de aquarriz.

Debió haberla abandonado la primera vez que acudió a él luego de haber perdido una ridícula cantidad de oro, suplicándole su ayuda y prometiéndole compensárselo. Si lo hubiera hecho ahora no tendría que entregar la mayoría de sus posesiones como pago por una apuesta que no había hecho, en cambio se había dejado convencer por sus palabras dulces y sonrisas falsas. Había estado tan enceguecido que incluso en el momento que se enteró, pensó que todo iba a estar bien porque se tenían el uno al otro y nada más importaba. Qué estúpido había sido; ¡doscientos años y no había aprendido nada!

Ahora no solo estaba sin dinero ni posesiones, sino que había vuelto a ser soltero porque la usurera había decidido abandonarlo por alguien de mayor estatus y riqueza. Sin embargo, él no planeaba dejar aquel asunto así, ella había jugado con su corazón y orgullo, y él la haría arrepentirse por ello.

Sonriendo dio otro sorbo a su bebida disfrutando de su acidez y calor. Ya encontraría la manera de recuperar con creces todas sus pérdidas. Sin importar cómo él conseguiría ser uno de los duendes más ricos de toda Crystalia.

El rayo de luz condujo a Keira hasta el corazón de un bosque, allí escondido en la copa de los árboles se hallaba el portal. El mágico ovalo era lo bastante grande para abarcar a un ogro adulto, y la leve distorsión del paisaje advertía a todos los que estuvieran atentos que allí había algo

más que ramas y hojas.

Por un momento Keira simplemente se quedó mirando el portal, su cola balanceándose lentamente con inquietud a medida que se preparaba para entrar. Un cárabo trinó en un árbol cercano y su atención se desvió al ave. Suspirando de alivio al darse cuenta que el pájaro no la había notado, miró por donde había venido y se preguntó cuánto tiempo le quedaba antes de que la encontraran.

Había logrado perder a sus perseguidores entre la larga hierba del pastizal y por el momento no escuchaba ni olía algún indicio de que alguien más estuviera en el bosque, pero sabía que no podían estar lejos. De repente, sintiendo que se quedaba sin tiempo se apresuró a entrar en el portal.

Una extraña luz grisácea envolvió su cuerpo llevándola dentro de una especie de agujero negro. El lugar era frío y una extraña pesadez amenazaba con hundirla a las profundidades de la espesa negrura; a lo lejos la imagen de un oscuro callejón revelaba la entrada a Crystalia. Sin saber cómo alcanzar el otro lado Keira hizo lo primero que se le ocurrió y comenzó a impulsarse con sus brazos y piernas como si nadara; afortunadamente aquello pareció dar resultado porque poco a poco la imagen comenzó a ampliarse. Sin embargo, entre más se acercaba, más aumentaba la pesadez de su cuerpo y una horrible presión apareció en su pecho impidiéndole respirar con normalidad. Sintiendo que se ahogaba Keira pausó su avance pensando que así podría respirar.

Pero la sensación solo aumentó hasta el punto que comenzó a perder la conciencia y a olvidar donde estaba. Frustrada, dolorida y agotada Keira finalmente se rindió. No estaba segura de que iba a pasar con ella, ni porque había estado luchando en primer lugar cuando era más fácil rendirse a las abrumadoras sensaciones. Justo cuando estaba por desmayarse completamente el recuerdo de alguien pasó fugazmente por su mente alentándola a seguir adelante. Con un débil gruñido se impulsó lo más fuerte que pudo y atravesó el otro lado del portal.

Keira gimió de dolor cuando chocó contra el suelo y varias piedras se enterraron en sus heridas abiertas, sin embargo, eso no fue nada comparado con el alivio que sintió al volver a respirar. Tomando grandes bocanadas de aire, intentó recuperar el oxígeno perdido; poco a poco y con gran esfuerzo su respiración se normalizó. Fue entonces cuando notó que algo húmedo y frío caía sobre ella.

Abriendo los ojos se encontró ante el más inusual y hermoso paisaje que había visto desde hace muchos años. Dos grandes lunas llenas iluminaban el cielo nocturno junto con algunas estrellas, varias nubes se habían acumulado tapando gran parte del firmamento y pequeños pétalos rosa caían de ellas como una llovizna, convirtiéndose en nieve poco antes de

tocar cualquier superficie.

El escozor de sus heridas y los fuertes temblores de su cuerpo, obligaron a Keira a moverse. Gruñendo de dolor se levantó y comenzó a caminar por las empedradas calles buscando donde pasar la noche; cada poco tiempo inhalaba profundo, olfateando el aire para descubrir donde el aroma salado del mar era más fuerte. Girando por una bifurcación observó las calles iluminadas tenuemente que daban al muelle, y movió sus felinas orejas captando señales de ruido, esperó varios momentos antes de tener que esconderse en la sombra de un edificio cuando las voces se acercaron a ella.

Tres hombres borrachos pasaron frente a ella riendo y bromeando sin notar su presencia. Keira los observó hasta que entraron en una destartalada casa. Negando con la cabeza continuó su camino hasta los almacenes que había en el muelle, uno por uno los examinó detalladamente hasta decidirse finalmente por el más lejano. Usando una de sus garras abrió el candado y deslizó la metálica puerta.

No le hacía mucha gracia pasar allí la noche teniendo en cuenta de donde acababa de venir, pero sabía que con las múltiples heridas que tenía no podría durar mucho tiempo bajo el cielo nevado. Cerrando la puerta observó las múltiples cajas y baúles que ocupaban todo el lugar, una fuerte esencia flotaba en el aire lastimando su sensible olfato. Tiritando de frío y agotamiento caminó entre la mercancía hasta encontrar un lugar lo bastante amplio en la parte de atrás para acomodarse y cambiando completamente de forma a su jaguar se acostó allí.

El sol comenzaba a salir iluminando los senderos del pequeño poblado de Flumbart, sus cálidos rayos descendían sobre el entumecido cuerpo de Saraid ayudando a desplazar el frío que sus empapadas ropas le producían. La lluvia de la noche anterior había dificultado el arado de la tierra y el cuidado de los campos, haciendo que el trabajo se extendiera hasta el amanecer. Por mucho que odiara trabajar toda la noche Saraid sabía que su familia no podía permitirse el lujo de ser quisquillosos; la enfermedad de su padre había mermado seriamente los ahorros familiares y las deudas que habían acumulado meses antes del fallecimiento de su madre aún necesitaban ser pagadas.

Suspirando se detuvo frente a su casa observando las coloridas flores que adornaban la entrada. Las pequeñas gotas de agua brillaban en sus moradas hojas y nuevos retoños comenzaban a salir. Sonriendo levemente pensó que su hermana iba a alegrarse cuando las viera y arrodillándose cortó varias antes de entrar en la casa. El fresco aroma de la menta le dio la bienvenida y la calidez de la habitación la hizo suspirar

de placer.

—Bienvenida a casa.

Sorprendida dirigió su mirada a la chimenea notando la menuda silueta de su hermana sentada en el viejo sofá.

—Saia, ¿qué haces despierta?

—No podía dormir. Papá ha tenido una mala noche.

Saraid frunció el ceño y dejando las flores en la mesita cercana se acercó a su hermana.

—¿Tuvo otro ataque? Pensé que estaba mejorando.

—Lo está —Saia cerró el libro que estaba leyendo y miró a su hermana—, sin embargo, creo que el frío lo afectó un poco. Hace una hora le di el último poco de rosamiel que teníamos y no ha vuelto a despertarse.

Las palabras de Saia preocuparon a su hermana. Saraid había jurado que aún tendría un poco más de tiempo para comprar el remedio, pero al parecer ahora iba a tener que hacer una nueva lista de las cosas que necesitaban comprar; sospechaba que su nuevo par de botas iban a tener que esperar varios meses más. Quitándose la mojada capa la extendió frente al fuego y sacó la pequeña bolsa con dinero de su pantalón, luego de contar las monedas se las dio a su hermana.

—Ve al mercado hoy y mira cuanto puedes conseguir con esto. Dile al viejo Frank que luego le pagaré lo que haga falta.

Saia asintió y guardó las monedas en su capa. Finalmente se atrevió a preguntar lo que más le preocupaba.

—¿Están aumentando las horas de trabajo? Pensé que no lo iban a hacer mientras las horas fueran nocturnas.

Saraid negó con la cabeza y se sentó junto a su hermana extendiendo las manos para calentarse.

—El trabajo se alargó debido a la lluvia, pero no han dicho nada sobre darnos más horas —Frunció el ceño considerando la idea—. Pero, a decir verdad, sería mejor que lo hicieran al menos durante las temporadas de lluvia, quizás así nos pagarían las horas extra que tenemos que trabajar.

—Pensé que la señora Flip te pagaría el tiempo extra.

—No, eso era antes de que los impuestos subieran. Ahora con el Jaykon acercándose y el gobierno exigiendo las contribuciones usuales para las festividades no hay forma de que nos paguen a todos. Sabes que ese dinero viene directamente de su familia y no del alcalde como debería ser.

Saia miró pensativamente el oscuro suelo de madera, contemplando los cambios que el gobierno necesitaba hacer. Estaba segura que Flumbart no era el único lugar en esa zona que explotaba a los campesinos de esa manera, sin embargo, no podía estar segura si la culpa era de los Ancianos o del general Jaxton.

Notando la sombría expresión de su hermana, Saraid cambió el tema rápidamente.

—¿Ya viste las flores de mamá? Un nuevo grupo de capullos está floreciendo, parece ser que esta vez vamos a poder decorar toda la casa con las flores. Corté unos pocos para que los coloques en la habitación de papá.

La cara de Saia se iluminó.

—¿En serio?

—Sí. Las coloque en la mesita junto a la puerta.

Saia se levantó y corrió a examinar las flores recién cortadas antes de abrir la puerta y observar emocionada los capullos de la entrada. Saraid sonrió al escuchar la risa de su hermana, muchas veces tendía a olvidar que Saia solo tenía catorce años debido a su actitud madura.

Desde que su padre había enfermado y ella y Logan habían tenido que trabajar, Saia había quedado al cuidado de la casa teniendo muchas veces que encargarse de todo, sin embargo, eran muy raras las ocasiones en que se quejaba. Ahora que lo pensaba en unos meses sería su cumpleaños, tendría que hablar con su hermano para comprarle algo especial a Saia. Estaba segura que ambos podrían ahorrar un poco de sus sueldos para comprar esas semillas de las que tanto hablaba su hermana.

Cuando el amanecer llegó Keira solo había logrado dormir dos horas ya que a lo largo de toda la noche estuvo entrando y saliendo del sueño, despertándose cada vez que sus agudos sentidos captaban la presencia de alguien y solo volviéndose a dormir cuando se había asegurado que no corría peligro alguno. Sintiendo que estaría en problemas si se quedaba

allí se obligó a ponerse en marcha.

Cambiando de forma recorrió el lugar buscando entre la mercancía algo que le fuera de utilidad. Luego de encontrar un delgado saco de lana, un par de guantes sin dedos, un pantalón y zapatillas deportivas salió del almacén ignorando el ardor que le causaba la ropa al frotarse sobre sus heridas. El amarantium había hecho efecto la noche anterior y las drogas habían desaparecido de su sistema permitiéndole a su magia acelerar su proceso de sanación, sus costillas ya no le dolían con cada paso que daba y los cortes de sus muñecas y pies comenzaban a cerrarse por completo.

La actividad en el muelle había comenzado y varios marineros estaban cargando nueva mercancía en los barcos. Acostumbrada a estar sola, el murmullo de las conversaciones y las personas que comenzaban a llegar molestó a Keira. Gruñendo tomó nuevamente el camino de la noche anterior solo para descubrir que las calles estaban igual de llenas.

Irritada movió su felina cola mientras buscaba un lugar que estuviera desierto. El más cercano resultó ser un oscuro callejón con olor a pescado podrido y mugre, sin embargo, arrugando la nariz con desagrado, se ocultó allí mientras pensaba que hacer. Necesitaba cambiar de ciudad, pero no tenía idea por dónde ir, tomara el camino que tomara los trabajadores de Silvertec vendrían detrás de ella y quedarse allí tampoco era una opción viable.

Alzando sus ojos al cielo observó las rosadas nubes que brindaban sombra sobre los tejados y buscó una respuesta en ellas. Bufando por la ridiculez de ello movió fuertemente su cola y sin querer, golpeó un contenedor de basura causando que el ruido resonara por unos segundos. Fijando su atención en el objeto se preguntó si soportaría su peso. Escuchó atentamente por un rato revisando que no hubiera nadie cerca antes de treparse sobre la tapa y saltar agarrándose de la blanca cornisa. Balanceando levemente su cuerpo se impulsó con los brazos y terminó de subir al techo.

Apretando los dientes por el dolor observó la ciudad desde allí. Hileras de edificios se extendían por las laberínticas calles rodeando una pequeña plaza comercial, siguiendo su camino hasta perderse en el horizonte. Mientras que detrás de ella el extenso mar se agitaba levemente haciendo mover los barcos atracados en el muelle.

Recorrió su mirada por la plazoleta observando las múltiples razas que convivían allí. Pese a estar juntas había una clara separación entre ellas. Un pequeño grupo de jóvenes elfos charlaban animadamente con varias hadas, al otro lado de la plaza varios güindar y duendes participaban en algún tipo de concurso. Aquella mezcla era insólita dada la historia que las razas tenían entre sí, pero por alguna razón el gobierno de Ylenor no había tomado eso en cuenta cuando unificó las razas en el tratado de

unificación y paz trecientos años atrás.

Aquello le hizo pensar que actualmente no conocía mucho sobre aquel mundo, no sabía si los gobernantes actuales eran los mismos de su infancia o si había leyes nuevas; ni siquiera estaba segura del nombre de aquella ciudad. Y aunque recordaba Crystalia de cuando era niña sabía que todo había cambiado bastante en los catorce años que estuvo en la tierra, aunque sinceramente dudaba que su lugar allí hubiera cambiado.

Decidiendo que tenía que ponerse en marcha, paseó por los techos de las casas sin hacer ningún ruido y guiándose por sus instintos se dirigió al norte, memorizando cada camino, parque y tienda que veía. La ciudad era relativamente pequeña y no le tomó más de una hora llegar a la plazoleta central.

En el centro del lugar había una gran fuente de agua cristalina con un enorme lobo alado esculpido en mármol negro, un imponente castillo estaba varios metros más lejos brindando sombra a varias hadas que revoloteaban por allí, las palabras "Central de vigilancia y seguridad de Laynas" se alzaba sobre la gran entrada de madera. Keira fijó sus dorados ojos en la torre más alta. Usando su cola para equilibrarse saltó al siguiente techo y se paró en el borde de la cornisa. Levantando los ojos observó la posición del sol, al verlo cerca de su punto más alto suspiró y retrocedió al centro del tejado, quedando oculta de los ojos curiosos de los transeúntes.

Cada cierto tiempo cambiaba de casa intentando quedar a favor del viento para que su olor no fuera a llegar a las razas con sentidos agudos. Finalmente, cuando el sol comenzó a ponerse y extendió la sombra del castillo sobre casi toda la plazoleta, Keira cambió a su forma animal y corrió sin hacer ruido por el tejado, cuando estuvo en el borde dio un poderoso salto y rápidamente cambio nuevamente de forma aterrizando sobre la cabeza del lobo; sus pies tocaron la superficie de mármol solo el tiempo suficiente para tomar impulso y volver a saltar al mismo tiempo que una vez más cambiaba a jaguar. Luego de otro ágil cambio y una voltereta aterrizó en una de las estatuas decorativas que estaban sobre las almenas más bajas. Sus ojos recorrieron velozmente los alrededores tratando de ver si alguien la había visto; al darse cuenta de que no fue así comenzó a trepar por las paredes ayudándose con sus garras. Una vez estuvo en la torre se escondió detrás de la estatua de un elfo tallado en piedra y diamante, y observó la ciudad completa.

Keira reconoció los caminos por donde había llegado y se dio cuenta de los que había evitado. Desde allí pudo ver el gran muro que rodeaba toda la ciudad interrumpiéndose solamente al llegar a las enormes puertas plateadas. Contó dos salidas terrestres, una de ellas daba a un gran campo abierto mientras que cerca de la otra había un tupido bosque. Decidiendo a donde ir se deslizó por la parte trasera del castillo para luego

saltar al tejado más próximo e hizo una mueca cuando aterrizó más fuerte de lo planeado causando un estruendoso ruido. Rápidamente comenzó a moverse entre los techos queriendo alejarse antes de que alguien la notara. Su cola se balanceaba continuamente, ayudándola a mantener el equilibrio y sus delgados bigotes le ayudaban a calcular las distancias; gracias a su ADN animal sus movimientos eran gráciles y veloces a medida que viajaba por los techos en dirección a la salida del bosque.

La visión de dos guardias frente a las puertas la hizo detenerse en seco y gruñendo suavemente esperó una oportunidad para poder salir. Sin embargo, los minutos pasaron y Keira seguía aún en el techo observando a las personas ir y venir, luego de una hora sin poder escabullirse se sentó en el tejado y siseó de dolor cuando una de las tejas se clavó en el corte de su tobillo. A medida que el tiempo pasaba el cansancio se hacía cada vez más difícil de ignorar y finalmente dominada por el sueño se acostó.

El susurro de voces la despertó igual que las veces anteriores, sin embargo, esta ocasión le fue imposible volverse a dormir debido a la ansiedad que percibió en una de ellas. Respirando profundo captó el aroma de aquellas personas, tres de los cuatro eran hombres adultos, pero ninguno le era familiar.

—…los Centinelas aparecieron en medio de la noche.

—¿Y esa es razón para dejar a su compañero atrás? —gruñó uno de ellos.

Keira supo de inmediato que era un hombre lobo y se preguntó porque alguien como él estaría teniendo esa conversación con tres güindars en medio de la noche donde nadie los podría oír.

—No podíamos hacer nada. Ellos…

El metálico sonido de la espada al ser desenfundada resonó por la silenciosa calle y momentos más tarde el aroma de la sangre llegó hasta Keira.

—Quemen toda la mercancía del almacén, nadie debe encontrar lo que llevamos en ella —ordenó el lobo—. Y más les vale que esta vez no haya errores.

—Por supuesto, teniente —dijo la güindar con voz dulce.

Cuando estuvo segura de que los tres se habían ido Keira bajo del tejado y revisó la zona. El cuerpo de un hombre castaño estaba tendido en el suelo sobre su propia sangre, en su pecho estaba la herida que le había causado la muerte. Frunciendo el ceño Keira la examinó: no había tocado su corazón ni era demasiado profunda, nada que la curación güindarica no pudiera arreglar en un par de horas, sin embargo, el hombre había

muerto casi instantáneamente. Un extraño aroma emanaba de la herida.

Decidiendo que no era su problema se levantó de allí y volvió hacia la salida, las puertas estaban cerradas a esa hora de la noche y el único guardia frente a ellas cabeceaba constantemente intentando mantenerse despierto. Era la oportunidad perfecta, más descansada que antes y con sus heridas casi curadas podría manejar su magia sin problemas.

Acercándose silenciosamente se colocó detrás del guardia y toco la punta de su capa mientras activaba su poder. Finos hilos de magia se arrastraron a lo largo su ropa hasta llegar al cuerpo del guardia élfico y comenzaron a buscar el núcleo de su vida y poder, una vez lo hallaron Keira cerró los ojos y tejió una red de hilos sobre ellos luego extendió su magia por todo su cuerpo obligándolo a relajar todos y cada uno de sus músculos, finalmente le ordenó a su cerebro que cayera en un sueño profundo. La cabeza del guardia cayó sobre su hombro y su respiración terminó de profundizarse. Satisfecha se dirigió a las puertas y comenzó a treparlas.

El bosque no era nada parecido a los que había en la tierra, allí las flores de todas las plantas brillaban en la oscuridad, las hojas de los árboles susurraban alegres melodías cuando el viento soplaba y una acogedora energía flotaba en el ambiente. Colocando la mano sobre uno de los árboles pudo sentir su energía zumbar a través de su piel invitándola a usar su magia y conectarse con él. Allí el lugar estaba completamente vivo, cada uno de los seres que habitaban ahí tenían cosas que contar ansiosos por ser escuchados.

Observando los fluorescentes colores se adentró en el bosque pendiente de cada detalle, sonido y aroma que recogía. Siguiendo el olor de uno de los animales, los instintos cazadores de Keira afloraron con tal fuerza que no pudo ignorarlos, llevaba tres días sin comer y a ese punto su parte animal reinaba mayormente sobre la racional. Su cola se quedó quieta, sus pasos se volvieron completamente cautelosos, sus bigotes se tensaron un poco y sus felinas orejas dejaron de moverse.

Era un animal mediano; una presa bastante fácil de cazar. Sus negras orejas similares a las de un gato estaban inmóviles, mientras que su larga cola se movía perezosamente, su cuerpo de cervatillo estaba cubierto de plumas tricolor. Sin ser consciente del peligro en el que estaba el pequeño winxo continuó comiendo las hojas más bajas de un pequeño árbol, sin embargo, no tardó en darse cuenta de la presencia de Keira y asustado volvió su mirada a ella.

Keira no supo si fue por el miedo que vio en sus azules ojos o por el graznido amenazador que soltó pese a ello, pero de alguna manera algo

en ella se sobrepuso a sus instintos al verlo y sintió pena por el animal. Suspirando dio media vuelta y se alejó allí buscando un lugar donde dormir.

Capítulo 2

Capítulo 2

En una de las tabernas de Lumber, Kairos maldecía interiormente su suerte y a la causante de toda su desgracia.

Debió haberlo visto venir, aquella furcia nunca estaba conforme, siempre quería más. Más ropa, más zapatos, más joyas, más dinero. No importaba si el día anterior le había regalado un collar de cristaluces rosa —la piedra más rara y hermosa de toda Crystalia— al día siguiente ella estaría pidiendo uno más grande junto con unos aretes a juego y de ser posible un vestido que combinara con ellos. Y como si eso no bastara la desgraciada tenía una obsesión por las apuestas.

Negó con la cabeza al mismo tiempo que tomaba un gran sorbo de aquarriz.

Debió haberla abandonado la primera vez que acudió a él luego de haber perdido una ridícula cantidad de oro, suplicándole su ayuda y prometiéndole compensárselo. Si lo hubiera hecho ahora no tendría que entregar la mayoría de sus posesiones como pago por una apuesta que no había hecho, en cambio se había dejado convencer por sus palabras dulces y sonrisas falsas. Había estado tan enceguecido que incluso en el momento que se enteró, pensó que todo iba a estar bien porque se tenían el uno al otro y nada más importaba. Qué estúpido había sido; ¡doscientos años y no había aprendido nada!

Ahora no solo estaba sin dinero ni posesiones, sino que había vuelto a ser soltero porque la usurera había decidido abandonarlo por alguien de mayor estatus y riqueza. Sin embargo, él no planeaba dejar aquel asunto así, ella había jugado con su corazón y orgullo, y él la haría arrepentirse por ello.

Sonriendo dio otro sorbo a su bebida disfrutando de su acidez y calor. Ya encontraría la manera de recuperar con creces todas sus pérdidas. Sin importar cómo él conseguiría ser uno de los duendes más ricos de toda Crystalia.

El rayo de luz condujo a Keira hasta el corazón de un bosque, allí escondido en la copa de los árboles se hallaba el portal. El mágico ovalo era lo bastante grande para abarcar a un ogro adulto, y la leve distorsión del paisaje advertía a todos los que estuvieran atentos que allí había algo

más que ramas y hojas.

Por un momento Keira simplemente se quedó mirando el portal, su cola balanceándose lentamente con inquietud a medida que se preparaba para entrar. Un cárabo trinó en un árbol cercano y su atención se desvió al ave. Suspirando de alivio al darse cuenta que el pájaro no la había notado, miró por donde había venido y se preguntó cuánto tiempo le quedaba antes de que la encontraran.

Había logrado perder a sus perseguidores entre la larga hierba del pastizal y por el momento no escuchaba ni olía algún indicio de que alguien más estuviera en el bosque, pero sabía que no podían estar lejos. De repente, sintiendo que se quedaba sin tiempo se apresuró a entrar en el portal.

Una extraña luz grisácea envolvió su cuerpo llevándola dentro de una especie de agujero negro. El lugar era frío y una extraña pesadez amenazaba con hundirla a las profundidades de la espesa negrura; a lo lejos la imagen de un oscuro callejón revelaba la entrada a Crystalia. Sin saber cómo alcanzar el otro lado Keira hizo lo primero que se le ocurrió y comenzó a impulsarse con sus brazos y piernas como si nadara; afortunadamente aquello pareció dar resultado porque poco a poco la imagen comenzó a ampliarse. Sin embargo, entre más se acercaba, más aumentaba la pesadez de su cuerpo y una horrible presión apareció en su pecho impidiéndole respirar con normalidad. Sintiendo que se ahogaba Keira pausó su avance pensando que así podría respirar.

Pero la sensación solo aumentó hasta el punto que comenzó a perder la conciencia y a olvidar donde estaba. Frustrada, dolorida y agotada Keira finalmente se rindió. No estaba segura de que iba a pasar con ella, ni porque había estado luchando en primer lugar cuando era más fácil rendirse a las abrumadoras sensaciones. Justo cuando estaba por desmayarse completamente el recuerdo de alguien pasó fugazmente por su mente alentándola a seguir adelante. Con un débil gruñido se impulsó lo más fuerte que pudo y atravesó el otro lado del portal.

Keira gimió de dolor cuando chocó contra el suelo y varias piedras se enterraron en sus heridas abiertas, sin embargo, eso no fue nada comparado con el alivio que sintió al volver a respirar. Tomando grandes bocanadas de aire, intentó recuperar el oxígeno perdido; poco a poco y con gran esfuerzo su respiración se normalizó. Fue entonces cuando notó que algo húmedo y frío caía sobre ella.

Abriendo los ojos se encontró ante el más inusual y hermoso paisaje que había visto desde hace muchos años. Dos grandes lunas llenas iluminaban el cielo nocturno junto con algunas estrellas, varias nubes se habían acumulado tapando gran parte del firmamento y pequeños pétalos rosa caían de ellas como una llovizna, convirtiéndose en nieve poco antes de

tocar cualquier superficie.

El escozor de sus heridas y los fuertes temblores de su cuerpo, obligaron a Keira a moverse. Gruñendo de dolor se levantó y comenzó a caminar por las empedradas calles buscando donde pasar la noche; cada poco tiempo inhalaba profundo, olfateando el aire para descubrir donde el aroma salado del mar era más fuerte. Girando por una bifurcación observó las calles iluminadas tenuemente que daban al muelle, y movió sus felinas orejas captando señales de ruido, esperó varios momentos antes de tener que esconderse en la sombra de un edificio cuando las voces se acercaron a ella.

Tres hombres borrachos pasaron frente a ella riendo y bromeando sin notar su presencia. Keira los observó hasta que entraron en una destartalada casa. Negando con la cabeza continuó su camino hasta los almacenes que había en el muelle, uno por uno los examinó detalladamente hasta decidirse finalmente por el más lejano. Usando una de sus garras abrió el candado y deslizó la metálica puerta.

No le hacía mucha gracia pasar allí la noche teniendo en cuenta de donde acababa de venir, pero sabía que con las múltiples heridas que tenía no podría durar mucho tiempo bajo el cielo nevado. Cerrando la puerta observó las múltiples cajas y baúles que ocupaban todo el lugar, una fuerte esencia flotaba en el aire lastimando su sensible olfato. Tiritando de frío y agotamiento caminó entre la mercancía hasta encontrar un lugar lo bastante amplio en la parte de atrás para acomodarse y cambiando completamente de forma a su jaguar se acostó allí.

El sol comenzaba a salir iluminando los senderos del pequeño poblado de Flumbart, sus cálidos rayos descendían sobre el entumecido cuerpo de Saraid ayudando a desplazar el frío que sus empapadas ropas le producían. La lluvia de la noche anterior había dificultado el arado de la tierra y el cuidado de los campos, haciendo que el trabajo se extendiera hasta el amanecer. Por mucho que odiara trabajar toda la noche Saraid sabía que su familia no podía permitirse el lujo de ser quisquillosos; la enfermedad de su padre había mermado seriamente los ahorros familiares y las deudas que habían acumulado meses antes del fallecimiento de su madre aún necesitaban ser pagadas.

Suspirando se detuvo frente a su casa observando las coloridas flores que adornaban la entrada. Las pequeñas gotas de agua brillaban en sus moradas hojas y nuevos retoños comenzaban a salir. Sonriendo levemente pensó que su hermana iba a alegrarse cuando las viera y arrodillándose cortó varias antes de entrar en la casa. El fresco aroma de la menta le dio la bienvenida y la calidez de la habitación la hizo suspirar

de placer.

—Bienvenida a casa.

Sorprendida dirigió su mirada a la chimenea notando la menuda silueta de su hermana sentada en el viejo sofá.

—Saia, ¿qué haces despierta?

—No podía dormir. Papá ha tenido una mala noche.

Saraid frunció el ceño y dejando las flores en la mesita cercana se acercó a su hermana.

—¿Tuvo otro ataque? Pensé que estaba mejorando.

—Lo está —Saia cerró el libro que estaba leyendo y miró a su hermana—, sin embargo, creo que el frío lo afectó un poco. Hace una hora le di el último poco de rosamiel que teníamos y no ha vuelto a despertarse.

Las palabras de Saia preocuparon a su hermana. Saraid había jurado que aún tendría un poco más de tiempo para comprar el remedio, pero al parecer ahora iba a tener que hacer una nueva lista de las cosas que necesitaban comprar; sospechaba que su nuevo par de botas iban a tener que esperar varios meses más. Quitándose la mojada capa la extendió frente al fuego y sacó la pequeña bolsa con dinero de su pantalón, luego de contar las monedas se las dio a su hermana.

—Ve al mercado hoy y mira cuanto puedes conseguir con esto. Dile al viejo Frank que luego le pagaré lo que haga falta.

Saia asintió y guardó las monedas en su capa. Finalmente se atrevió a preguntar lo que más le preocupaba.

—¿Están aumentando las horas de trabajo? Pensé que no lo iban a hacer mientras las horas fueran nocturnas.

Saraid negó con la cabeza y se sentó junto a su hermana extendiendo las manos para calentarse.

—El trabajo se alargó debido a la lluvia, pero no han dicho nada sobre darnos más horas —Frunció el ceño considerando la idea—. Pero, a decir verdad, sería mejor que lo hicieran al menos durante las temporadas de lluvia, quizás así nos pagarían las horas extra que tenemos que trabajar.

—Pensé que la señora Flip te pagaría el tiempo extra.

—No, eso era antes de que los impuestos subieran. Ahora con el Jaykon acercándose y el gobierno exigiendo las contribuciones usuales para las festividades no hay forma de que nos paguen a todos. Sabes que ese dinero viene directamente de su familia y no del alcalde como debería ser.

Saia miró pensativamente el oscuro suelo de madera, contemplando los cambios que el gobierno necesitaba hacer. Estaba segura que Flumbart no era el único lugar en esa zona que explotaba a los campesinos de esa manera, sin embargo, no podía estar segura si la culpa era de los Ancianos o del general Jaxton.

Notando la sombría expresión de su hermana, Saraid cambió el tema rápidamente.

—¿Ya viste las flores de mamá? Un nuevo grupo de capullos está floreciendo, parece ser que esta vez vamos a poder decorar toda la casa con las flores. Corté unos pocos para que los coloques en la habitación de papá.

La cara de Saia se iluminó.

—¿En serio?

—Sí. Las coloque en la mesita junto a la puerta.

Saia se levantó y corrió a examinar las flores recién cortadas antes de abrir la puerta y observar emocionada los capullos de la entrada. Saraid sonrió al escuchar la risa de su hermana, muchas veces tendía a olvidar que Saia solo tenía catorce años debido a su actitud madura.

Desde que su padre había enfermado y ella y Logan habían tenido que trabajar, Saia había quedado al cuidado de la casa teniendo muchas veces que encargarse de todo, sin embargo, eran muy raras las ocasiones en que se quejaba. Ahora que lo pensaba en unos meses sería su cumpleaños, tendría que hablar con su hermano para comprarle algo especial a Saia. Estaba segura que ambos podrían ahorrar un poco de sus sueldos para comprar esas semillas de las que tanto hablaba su hermana.

Cuando el amanecer llegó Keira solo había logrado dormir dos horas ya que a lo largo de toda la noche estuvo entrando y saliendo del sueño, despertándose cada vez que sus agudos sentidos captaban la presencia de alguien y solo volviéndose a dormir cuando se había asegurado que no corría peligro alguno. Sintiendo que estaría en problemas si se quedaba

allí se obligó a ponerse en marcha.

Cambiando de forma recorrió el lugar buscando entre la mercancía algo que le fuera de utilidad. Luego de encontrar un delgado saco de lana, un par de guantes sin dedos, un pantalón y zapatillas deportivas salió del almacén ignorando el ardor que le causaba la ropa al frotarse sobre sus heridas. El amarantium había hecho efecto la noche anterior y las drogas habían desaparecido de su sistema permitiéndole a su magia acelerar su proceso de sanación, sus costillas ya no le dolían con cada paso que daba y los cortes de sus muñecas y pies comenzaban a cerrarse por completo.

La actividad en el muelle había comenzado y varios marineros estaban cargando nueva mercancía en los barcos. Acostumbrada a estar sola, el murmullo de las conversaciones y las personas que comenzaban a llegar molestó a Keira. Gruñendo tomó nuevamente el camino de la noche anterior solo para descubrir que las calles estaban igual de llenas.

Irritada movió su felina cola mientras buscaba un lugar que estuviera desierto. El más cercano resultó ser un oscuro callejón con olor a pescado podrido y mugre, sin embargo, arrugando la nariz con desagrado, se ocultó allí mientras pensaba que hacer. Necesitaba cambiar de ciudad, pero no tenía idea por dónde ir, tomara el camino que tomara los trabajadores de Silvertec vendrían detrás de ella y quedarse allí tampoco era una opción viable.

Alzando sus ojos al cielo observó las rosadas nubes que brindaban sombra sobre los tejados y buscó una respuesta en ellas. Bufando por la ridiculez de ello movió fuertemente su cola y sin querer, golpeó un contenedor de basura causando que el ruido resonara por unos segundos. Fijando su atención en el objeto se preguntó si soportaría su peso. Escuchó atentamente por un rato revisando que no hubiera nadie cerca antes de treparse sobre la tapa y saltar agarrándose de la blanca cornisa. Balanceando levemente su cuerpo se impulsó con los brazos y terminó de subir al techo.

Apretando los dientes por el dolor observó la ciudad desde allí. Hileras de edificios se extendían por las laberínticas calles rodeando una pequeña plaza comercial, siguiendo su camino hasta perderse en el horizonte. Mientras que detrás de ella el extenso mar se agitaba levemente haciendo mover los barcos atracados en el muelle.

Recorrió su mirada por la plazoleta observando las múltiples razas que convivían allí. Pese a estar juntas había una clara separación entre ellas. Un pequeño grupo de jóvenes elfos charlaban animadamente con varias hadas, al otro lado de la plaza varios güindar y duendes participaban en algún tipo de concurso. Aquella mezcla era insólita dada la historia que las razas tenían entre sí, pero por alguna razón el gobierno de Ylenor no había tomado eso en cuenta cuando unificó las razas en el tratado de

unificación y paz trecientos años atrás.

Aquello le hizo pensar que actualmente no conocía mucho sobre aquel mundo, no sabía si los gobernantes actuales eran los mismos de su infancia o si había leyes nuevas; ni siquiera estaba segura del nombre de aquella ciudad. Y aunque recordaba Crystalia de cuando era niña sabía que todo había cambiado bastante en los catorce años que estuvo en la tierra, aunque sinceramente dudaba que su lugar allí hubiera cambiado.

Decidiendo que tenía que ponerse en marcha, paseó por los techos de las casas sin hacer ningún ruido y guiándose por sus instintos se dirigió al norte, memorizando cada camino, parque y tienda que veía. La ciudad era relativamente pequeña y no le tomó más de una hora llegar a la plazoleta central.

En el centro del lugar había una gran fuente de agua cristalina con un enorme lobo alado esculpido en mármol negro, un imponente castillo estaba varios metros más lejos brindando sombra a varias hadas que revoloteaban por allí, las palabras "Central de vigilancia y seguridad de Laynas" se alzaba sobre la gran entrada de madera. Keira fijó sus dorados ojos en la torre más alta. Usando su cola para equilibrarse saltó al siguiente techo y se paró en el borde de la cornisa. Levantando los ojos observó la posición del sol, al verlo cerca de su punto más alto suspiró y retrocedió al centro del tejado, quedando oculta de los ojos curiosos de los transeúntes.

Cada cierto tiempo cambiaba de casa intentando quedar a favor del viento para que su olor no fuera a llegar a las razas con sentidos agudos. Finalmente, cuando el sol comenzó a ponerse y extendió la sombra del castillo sobre casi toda la plazoleta, Keira cambió a su forma animal y corrió sin hacer ruido por el tejado, cuando estuvo en el borde dio un poderoso salto y rápidamente cambio nuevamente de forma aterrizando sobre la cabeza del lobo; sus pies tocaron la superficie de mármol solo el tiempo suficiente para tomar impulso y volver a saltar al mismo tiempo que una vez más cambiaba a jaguar. Luego de otro ágil cambio y una voltereta aterrizó en una de las estatuas decorativas que estaban sobre las almenas más bajas. Sus ojos recorrieron velozmente los alrededores tratando de ver si alguien la había visto; al darse cuenta de que no fue así comenzó a trepar por las paredes ayudándose con sus garras. Una vez estuvo en la torre se escondió detrás de la estatua de un elfo tallado en piedra y diamante, y observó la ciudad completa.

Keira reconoció los caminos por donde había llegado y se dio cuenta de los que había evitado. Desde allí pudo ver el gran muro que rodeaba toda la ciudad interrumpiéndose solamente al llegar a las enormes puertas plateadas. Contó dos salidas terrestres, una de ellas daba a un gran campo abierto mientras que cerca de la otra había un tupido bosque. Decidiendo a donde ir se deslizó por la parte trasera del castillo para luego

saltar al tejado más próximo e hizo una mueca cuando aterrizó más fuerte de lo planeado causando un estruendoso ruido. Rápidamente comenzó a moverse entre los techos queriendo alejarse antes de que alguien la notara. Su cola se balanceaba continuamente, ayudándola a mantener el equilibrio y sus delgados bigotes le ayudaban a calcular las distancias; gracias a su ADN animal sus movimientos eran gráciles y veloces a medida que viajaba por los techos en dirección a la salida del bosque.

La visión de dos guardias frente a las puertas la hizo detenerse en seco y gruñendo suavemente esperó una oportunidad para poder salir. Sin embargo, los minutos pasaron y Keira seguía aún en el techo observando a las personas ir y venir, luego de una hora sin poder escabullirse se sentó en el tejado y siseó de dolor cuando una de las tejas se clavó en el corte de su tobillo. A medida que el tiempo pasaba el cansancio se hacía cada vez más difícil de ignorar y finalmente dominada por el sueño se acostó.

El susurro de voces la despertó igual que las veces anteriores, sin embargo, esta ocasión le fue imposible volverse a dormir debido a la ansiedad que percibió en una de ellas. Respirando profundo captó el aroma de aquellas personas, tres de los cuatro eran hombres adultos, pero ninguno le era familiar.

—…los Centinelas aparecieron en medio de la noche.

—¿Y esa es razón para dejar a su compañero atrás? —gruñó uno de ellos.

Keira supo de inmediato que era un hombre lobo y se preguntó porque alguien como él estaría teniendo esa conversación con tres güindars en medio de la noche donde nadie los podría oír.

—No podíamos hacer nada. Ellos…

El metálico sonido de la espada al ser desenfundada resonó por la silenciosa calle y momentos más tarde el aroma de la sangre llegó hasta Keira.

—Quemen toda la mercancía del almacén, nadie debe encontrar lo que llevamos en ella —ordenó el lobo—. Y más les vale que esta vez no haya errores.

—Por supuesto, teniente —dijo la güindar con voz dulce.

Cuando estuvo segura de que los tres se habían ido Keira bajo del tejado y revisó la zona. El cuerpo de un hombre castaño estaba tendido en el suelo sobre su propia sangre, en su pecho estaba la herida que le había causado la muerte. Frunciendo el ceño Keira la examinó: no había tocado su corazón ni era demasiado profunda, nada que la curación güindarica no pudiera arreglar en un par de horas, sin embargo, el hombre había

muerto casi instantáneamente. Un extraño aroma emanaba de la herida.

Decidiendo que no era su problema se levantó de allí y volvió hacia la salida, las puertas estaban cerradas a esa hora de la noche y el único guardia frente a ellas cabeceaba constantemente intentando mantenerse despierto. Era la oportunidad perfecta, más descansada que antes y con sus heridas casi curadas podría manejar su magia sin problemas.

Acercándose silenciosamente se colocó detrás del guardia y toco la punta de su capa mientras activaba su poder. Finos hilos de magia se arrastraron a lo largo su ropa hasta llegar al cuerpo del guardia élfico y comenzaron a buscar el núcleo de su vida y poder, una vez lo hallaron Keira cerró los ojos y tejió una red de hilos sobre ellos luego extendió su magia por todo su cuerpo obligándolo a relajar todos y cada uno de sus músculos, finalmente le ordenó a su cerebro que cayera en un sueño profundo. La cabeza del guardia cayó sobre su hombro y su respiración terminó de profundizarse. Satisfecha se dirigió a las puertas y comenzó a treparlas.

El bosque no era nada parecido a los que había en la tierra, allí las flores de todas las plantas brillaban en la oscuridad, las hojas de los árboles susurraban alegres melodías cuando el viento soplaba y una acogedora energía flotaba en el ambiente. Colocando la mano sobre uno de los árboles pudo sentir su energía zumbar a través de su piel invitándola a usar su magia y conectarse con él. Allí el lugar estaba completamente vivo, cada uno de los seres que habitaban ahí tenían cosas que contar ansiosos por ser escuchados.

Observando los fluorescentes colores se adentró en el bosque pendiente de cada detalle, sonido y aroma que recogía. Siguiendo el olor de uno de los animales, los instintos cazadores de Keira afloraron con tal fuerza que no pudo ignorarlos, llevaba tres días sin comer y a ese punto su parte animal reinaba mayormente sobre la racional. Su cola se quedó quieta, sus pasos se volvieron completamente cautelosos, sus bigotes se tensaron un poco y sus felinas orejas dejaron de moverse.

Era un animal mediano; una presa bastante fácil de cazar. Sus negras orejas similares a las de un gato estaban inmóviles, mientras que su larga cola se movía perezosamente, su cuerpo de cervatillo estaba cubierto de plumas tricolor. Sin ser consciente del peligro en el que estaba el pequeño winxo continuó comiendo las hojas más bajas de un pequeño árbol, sin embargo, no tardó en darse cuenta de la presencia de Keira y asustado volvió su mirada a ella.

Keira no supo si fue por el miedo que vio en sus azules ojos o por el graznido amenazador que soltó pese a ello, pero de alguna manera algo

en ella se sobrepuso a sus instintos al verlo y sintió pena por el animal. Suspirando dio media vuelta y se alejó allí buscando un lugar donde dormir.

Capítulo 3

Capítulo 3

Keira se despertó bien entrada la mañana, sus cortes habían sanado completamente y el dolor de sus costillas rotas se había reducido a una simple molestia. Una suave brisa alborotó su cabello y cerrando los ojos se permitió disfrutar de aquel instante de tranquilidad, las hojas de los árboles se movían sobre ella al ritmo del viento y cada una de sus terminaciones nerviosas vibraba con la energía del ambiente. Por increíble que pareciera estaba segura que aquella brisa contaba una historia.

Este es el cuento de una flor de mil colores

Que en invierno florecía sin falta

Deslumbrando al mundo con su vibrante luz.

Cierra tus ojos y abre tu mente

Que te mostraremos un mundo de paz y color

Donde las historias abundan y la magia persiste.

Poco a poco abrió los ojos a medida que las palabras dejaban de ser entendibles y pronto solo pudo escuchar el susurro de las hojas. Suspirando con resignación se levantó y comenzó su caminata por el bosque. Lo primero sería encontrar comida, una que no tuviera plumas ni orejas de gato.

Vagó por un rato hasta encontrar un gran árbol lleno de frutas extrañas. Trepando a una de las ramas cogió el irregular fruto y lo olfateó, un ácido aroma llenó sus sentidos invitándola a probarlo. Con curiosidad uso una de sus garras para atravesar la dura cascara y lo abrió por la mitad, la pulpa quedó inmediatamente a la vista. Era de color morado con pequeñas semillas rojas, el aroma se intensificó y cautelosa probó un poco. Al contrario de lo que esperaba, un dulce sabor parecido a la fresa inundo su paladar en el instante en que lo saboreó, pero luego notó un leve sabor ácido. Decidiendo que le gustaba terminó de comerse el fruto y cogió más del árbol.

Cuando estuvo satisfecha decidió buscar agua y siguiendo a sus sentidos caminó por el bosque hasta llegar a un riachuelo. Agachándose en la orilla bebió de la cristalina agua y mojó su cara para refrescarse. Una idea surgió en su mente y asegurándose que no hubiera nadie, se quitó la ropa

y entró en el agua fría.

Pese que la noche en que llegó había nevado, el agua no estaba en temperaturas cerca de la congelación, de hecho, estaba casi tibia lo que causó curiosidad en Keira. De haber estado en la tierra en esos momentos estaría tiritando de frio, lo que le hacía preguntarse porque en Crystalia eso no sucedía. Allí todo era extraño y funcionaba de una manera diferente a la que estaba acostumbrada pero no podía negar que le gustaba estar en casa.

Hundiéndose en el agua nadó un poco, disfrutando de la relajante sensación. Siempre había amado el agua y cuando sus instintos felinos llegaron eso simplemente aumentó. Deteniéndose en una parte profunda salió a tomar aire y una vez más se aseguró que nadie hubiera entrado en la zona mientras nadaba, apartó uno de los plateados mechones de su cabello mayormente rojizo y observó el cielo azul. Algo chapoteó junto a ella y nerviosa volteó a mirar que era, varios peces nadaban allí pero no explicaban el ruido. Justo cuando decidió salir del río —solo por precaución—, uno de los dorados peces saltó pasando por encima de su cabeza y aterrizó al otro lado. Más peces lo siguieron y durante los siguientes minutos se la pasaron saltando.

Divertida intentó atrapar varios mientras estaban en el aire, pero estos cambiaban de dirección cada vez que estaba por cogerlos; si era por miedo o por juego ella no lo sabía, pero ciertamente los animales sintieron sus intenciones por que pronto varios comenzaron a golpearle la cola con sus aletas momentos antes de que saltaran lejos de su alcance.

Un lejano crujido llamó la atención de Keira terminando con su juego y alertándola de inmediato. Olfateando el aire maldijo cuando sintió un aroma diferente al del bosque y rápidamente salió del agua y se vistió. Trepando uno de los árboles se ocultó en su abundante follaje y cambió de forma para que su olor no fuera percibido tan fácilmente. Varios minutos pasaron antes de que una pequeña niña saliera de los arbustos y riendo se acercara al agua.

Pertenecía a la raza de los veldem, creaturas muy similares a los humanos a diferencia de los múltiples colores de su cabello, su sexto sentido y los poderes que poseen. La misma raza a la que ella había pertenecido en su nacimiento.

Frunciendo el ceño observó como la niña se inclinaba demasiado sobre el río, justo en la parte profunda donde había jugado con los peces. Una de sus pequeñas manos se estiró para agarrar algo, pero su pie se deslizó y terminó cayendo al agua. Bufando Keira se inclinó más sobre la rama y vio como la pequeña salía por unos segundos antes de volverse a hundir; sus brazos se agitaban frenéticamente y pequeños sollozos aterrados cortaban el aire cada vez que podía subir a la superficie. Intentando

escuchar más allá de los gritos de la niña, Keira buscó alguna señal de que alguien viniera en su rescate, pero no había ningún ruido y los dos aromas que recogió provenían de muy lejos.

Gruñendo saltó del árbol y se adentró en el agua. La pequeña al verla abrió mucho los ojos y dio un grito ahogado, lo que hizo que más agua entrara en su garganta; poniendo los ojos en blanco Keira agarró con cuidado el borde de su camisa con los dientes y la arrastro hasta la orilla. Una vez que logró sacarla del río, la alejó del borde.

Keira observó por unos momentos a la niña que tosía fuertemente buscándole alguna herida, al no encontrarla dio media vuelta y se alejó corriendo de allí antes de que alguien más la viera.

El suave golpe en la puerta llamó la atención de los tres hombres que se encontraban en el interior de la oficina. Como todas las veces que tenían algo que discutir, los líderes de los Centinelas se habían reunido allí para hablar sobre los últimos acontecimientos de uno de sus casos, decidiendo como lidiar con la información que habían recopilado.

Zeph, la cabeza del grupo, había terminado la noche anterior con el interrogatorio y pronto tendrían que mostrarle las grabaciones a Rowan para que fueran sometidas al escrutinio de la corte, sin embargo, aún había vacíos en la historia que le preocupaban y por esa razón había decidido hablar con sus dos amigos y compañeros de trabajo, con la esperanza de que estando allí pudieran encontrar una solución sin que nadie los interrumpiera, ya que todos sabían acerca de las continuas reuniones que hacían. Por esa razón los tres se extrañaron ante el llamado, sabiendo que algo importante había sucedido o de lo contrario no serían interrumpidos.

Guardando los papeles y grabaciones en uno de los cajones del escritorio de madera oscura, Zeph dio la orden de que entraran. La puerta se abrió revelando a Nayara, la ayudante de su hermana, quien, al notar la seriedad del ambiente, palideció y entró en la habitación evitando mirar a alguno de los tres. Zeph bloqueó el cajón al mismo tiempo que Zach sonreía cálidamente a la recién llegada.

—¿Qué os sucede, Nayara? —preguntó Zeph calmadamente.

Apretando las manos frente a su regazo la joven kelter alzó la vista hacia el centinela intentando determinar su estado de ánimo, sin embargo, al igual que siempre no pudo detectar nada en su impasible rostro. Respirando profundamente, dijo:

—Ha habido un cambio en la joven hada —Esperó unos momentos por si alguno respondía, pero cuando no sucedió se apresuró a continuar—. Despertó hace varios minutos, parece un poco desorientada, pero por lo demás luce bien. La doctora Lena está con ella en estos momentos.

Zeph asintió en agradecimiento.

Entendiendo la indirecta Nayara se apresuró a salir de la habitación.

—¿Vamos a ir a visitarla? —le preguntó Zach tan pronto estuvieron solos, mientras se recostaba en su asiento.

—Sí. Necesitamos saber que está sucediendo y hasta el momento ella es la única que tiene respuestas —Zeph se pasó la mano por su cabello negro—. Espero que lidiar con esto sea más fácil que tratar con el problema de las drogas.

Shawn bufó sabiendo que aquello sería imposible.

—Honestamente lo dudo —dijo Zach mirando a su amigo—. Con todos los cadáveres y moribundos que hemos encontrado estoy pensando que esto va a ser más grande que todos los casos que hemos tenido hasta ahora.

Zeph suspiró.

—Eso es justo lo que me temo.

Lena aún estaba en la habitación cuando ellos llegaron. Un par de cambios se habían hecho en el lugar desde la última vez que los tres centinelas estuvieron ahí, las cortinas azules de la habitación estaban descorridas dejando entrar la luz a través del inmenso ventanal, varios cuadros adornaban las paredes y un jarrón con flores decoraba el armario. La joven hada también se veía mucho mejor desde la última vez: su pálida piel tenía un saludable rubor dejando atrás el color ceniciento de la muerte, su cabello rubio estaba limpio y recogido en una coleta baja y sus ojos verdes ya no tenían el opaco brillo de la fiebre.

Notando la presencia de los tres hombres Lena se levantó de su silla y sonrió alegremente a los recién llegados.

—Sabía que vendrían —Se giró hacia la joven—. Caliza, ellos son Zeph, mi hermano, Shawn y Zach, amigos de la familia. Ellos fueron los que te encontraron hace dos meses en aquel bosque.

Nerviosa por los recién llegados Caliza se obligó a sonreír levemente.

—¿Os importa si nos sentamos? —preguntó Zach devolviéndole la sonrisa.

El hada negó con la cabeza y observó con inquietud como Lena se sentaba junto a su cama mientras que Zeph y Zach arrastraban las sillas que estaban contra la pared y tomaban asiento frente a ella. Shawn por otro lado, se dirigió hacia la ventana y se recostó contra esta.

—¿Cómo os sentís?

—Mucho mejor, gracias.

Lena sonrió.

—Por supuesto que estáis mejor. No os habría sacado del capullo mágico si no fuera así.

—¿Capullo mágico? —preguntó Caliza confundida.

—Lo llamamos así por la forma que envuelve el cuerpo. Se usa para acelerar la curación de la persona cuando las heridas o enfermedades son muy serias —explicó Lena. Su sonrisa desapareció y frunció el ceño mientras recordaba—. Fue una suerte que Nayara estuviera aquí cuando te rescataron, no sé lo que habría pasado si nos hubiéramos tardado más tiempo en colocarte en uno, vuestra fiebre era bastante alta, teníais varios cortes profundos y llagas en todo el cuerpo y la piel de vuestras manos y brazos estaba cayéndose. Nunca había visto algo así.

Caliza palideció.

—Soy consciente de que acabasteis de despertar, y de que lo más probable es que deseéis olvidar —dijo Zeph cuidadosamente, sabiendo que ningún momento sería bueno para eso—, pero ¿podríais contarnos que sucedió?

—Yo…

—Solo queremos ayudaros —añadió Zach cálidamente.

Soltando un suspiro tembloroso, Caliza observó los ojos verdes de Zach notando la verdad en ellos. Tal y como el centinela había dicho solo quería olvidar lo que había pasado y por un momento consideró negarse, pero el conocimiento de que había más como ella rondaba por su mente haciendo que fuera incapaz de no hablar.

—¿Qué queréis saber?

—Todo lo que podáis decirnos —dijo Zach sonriéndole levemente—. ¿Por qué no comienzas por el inicio?

Asintiendo Caliza apretó las cobijas.

—No estoy segura de hace cuánto tiempo sucedió ya que no tenía forma de medir el tiempo, pero mi padre había muerto hace poco y faltaban varios meses para que cumpliera la mayoría de edad. No tenía parientes cercanos y ninguno de los amigos de mi padre quiso recibirme en su hogar así que… —Su voz se quebró y Lena apretó una de sus manos.

—Os convertisteis en esclava —afirmó Zeph. Desafortunadamente era eso lo que sucedía con todos los huérfanos menores de edad que no encontraban una nueva familia que los acogiera, y pese a que no era algo que alguno de ellos aprobara, era la ley del gobierno Ylenor.

—Sí. Había estado solo una semana en Winsmar cuando una mujer me compró junto con otros dos niños —Caliza apretó la mandíbula—. La había visto varias veces en las subastas u ofertas, y varios de los negociantes parecían conocerla, pero nunca le había prestado mucha atención.

—¿Recordáis como era? —preguntó Zeph seriamente.

—No mucho. Recuerdo que llevaba una capa negra con un extraño símbolo bordado en ella, no pude identificar que era, pero me recordó mucho a las enredaderas de coralumes que crecen en las paredes de algunas casas.

—Las he visto, son aquellas que tienen flores pequeñas en forma de ovalo y son coloridas ¿verdad? —dijo Zach recordando las que crecían en la casa de su abuela.

—Sí.

—De acuerdo, ¿qué pasó luego?

—Aquella mujer nos llevó cerca de un bosque donde unos hombres nos estaban esperando, ella nos entregó y se fue. Los hombres nos guiaron a una vieja casa donde pasamos la noche y a la mañana siguiente durante el desayuno nos obligaron a beber una especie de somnífero, los niños no lo notaron ya que no conocían el olor, pero mi madre me había enseñado sobre plantas y supe lo que era en el instante que lo olí, sin embargo, no pude rehusarme a beberlo. Cuando despertamos estaba en… —Caliza frunció el ceño pensando en cómo describir el lugar que se había convertido en la peor de sus pesadillas—… una especie de celda. No se me ocurre otra forma de llamarlo ya que no podía salir de allí. Había una

delgada cama metálica y una pequeña habitación adjunta sin ventanas que era el baño; tres de las cuatro paredes eran de metal y en una de ellas estaba la puerta principal, pero la otra era un gran espejo.

Shawn se tensó ante la descripción y el nudo de su estómago creció junto con su esperanza.

—¿Qué pasó con los niños? —preguntó Lena frunciendo el ceño sintiéndose disgustada por el relato.

—No lo sé, nunca volví a verlos. Pero creo que corrieron con la misma suerte que yo, ya que varias veces pude escuchar a los guardias quejándose entre sí por los continuos lloriqueos de varios niños. Sin embargo, no estoy segura si eran ellos porque había más en ese lugar.

—¿Más? —preguntó alarmada Lena—, ¿Cuántos?

—No sé, nunca veía a nadie más que los guardias cuando entraban para dejarme la comida o cuando era llevada a la sala médica, pero varías veces pude escuchar a diferentes personas gritando o llorando. A decir verdad, luego de varios días era lo único que se podía hacer allí, con los horribles dolores y las drogas no había tiempo de pensar o conversar mucho con el que llegaba.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Zeph detestando el rumbo que eso estaba tomando.

—Nos mantenían drogados desde que llegábamos allí, creo que usaban crisantenus ya que no podía usar mi magia. Sea como sea no pasó mucho tiempo desde que llegué allí cuando me llevaron por primera vez a la sala médica, dos hombres estaban allí conversando en voz baja mirando los papeles que tenían en la mesa —Sus manos temblaron al recodarlo—. A ellos los recuerdo bien, uno era un hada de cabello plateado, ojos azules y la marca alrededor de sus ojos eran cristales de hielo, el otro era un cambia formas de cabello castaño y ojos negros. Uno de los guardias que me acompañaba me obligó a subirme en la camilla y se mantuvo a mi lado por si intentaba huir. El hada se acercó a mí y me extrajo sangre, pasó varios minutos analizándola junto a su compañero, dijeron algo sobre mi resistencia antes de que ambos se volvieran a acercar a mí. Luego de eso no recuerdo mucho, ya que el dolor no me dejaba pensar —Su voz se quebró y varías lágrimas se escurrieron por sus mejillas—, sentía como si cada parte de mi cuerpo se estuviera congelando y quemando al mismo tiempo. Creo que perdí la conciencia luego de un rato, lo siguiente que puedo recordar es estar de nuevo en la celda con un leve dolor por todo el cuerpo.

Lena abrazó suavemente a la joven y miró preocupada a su hermano quien estaba mirando fijamente por la ventana. Las implicaciones de lo

que eso significaba eran enormes y tenían más preguntas que respuestas, sin embargo, a diferencia de los demás Shawn estaba convencido de saber qué era lo que había sucedido y necesitaba descubrir si la esperanza que había mantenido durante esos dos meses no había sido en vano.

—¿Conocisteis a alguien más? —preguntó.

Sorprendida por su tono seco Caliza miró a Shawn notando la tensión de su cuerpo y supo que algo en su respuesta le importaba. Cerró los ojos pensando en todas las veces que estuvo en su celda tratando de discernir entre sus febriles alucinaciones y la realidad, dándose cuenta por primera vez que siempre hubo una presencia constante en medio de su sufrimiento.

—Sí. Nunca la vi bien y siempre creí que era producto de mis alucinaciones febriles, pero ahora que lo pienso, sí hubo alguien —Abrió los ojos—. Los guardias hablaban de ella la mayoría del tiempo y varias veces la escuché y sentí junto a mí.

—¿Era uno de ellos? —preguntó Zach interesado.

—No estoy segura. Constantemente los guardias comentaban lo enojados que estaban los altos mandos con su comportamiento, y hacían apuestas sobre quién sería el próximo en caer bajo sus garras, sin embargo, todos le temían y pese a las burlas siempre hablaban de ella como si fuera alguien peligroso. Pero yo nunca pude verla así, aunque la mayoría de las veces que la escuchaba estaba gruñendo, cuando tomaba mi mano lo hacía con suavidad y por alguna razón siempre me pareció escuchar su voz en mi cabeza dándome ánimos.

Shawn contuvo el aliento sin importarle si su expresión revelaba más de lo que pretendía o las miradas extrañadas que sus amigos le lanzaban debido a su evidente interés. Aquello importaba más de lo que ellos pudieran pensar o él pudiera revelar.

—¿Pudisteis ver cómo era? —preguntó mirándola fijamente.

Caliza lo miró, notando el extraño brillo de sus ojos azules y la fuerza con la que apretaba los puños. Tardó un momento en darse cuenta, pero finalmente entendió la pregunta.

—¿La conocéis?

Shawn guardó silencio a pesar de querer saber la respuesta a su pregunta. Después de todo siempre podía usar su magia para saber lo que quería.

Al ver que no respondía Caliza suspiró y decidió responder su pregunta.

—No, lo siento. La mayoría de las veces en las que ella me visitaba estaba demasiado adolorida para fijarme en algo y los guardias jamás la describieron mucho.

Shawn cerró los ojos y respiró profundamente intentando controlar sus emociones. Cuando los volvió a abrir la tensión había desaparecido de su cara.

—Ya veo.

Al caer la noche Keira se acomodó en el primer lugar seguro que encontró y cerrando los ojos se concentró en escuchar el piar de los pájaros. Las noches anteriores no había tenido demasiados problemas en dormirse debido a lo exhausta que estaba, pero ahora que sus heridas sanaron y sus fuerzas comenzaban a aumentar las imágenes de su pasado se arremolinaban en su mente tratando de escapar de la prisión a las que las había confinado. Los recuerdos de las noches en las que su única compañía era el dolor hacían que su cola se crispara.

Cerca de dos horas después Keira notó el repentino cambio del ambiente que la rodeaba. Todo había quedado completamente en silencio y una helada brisa revolvió su colorido cabello. Abriendo los ojos observó como el cálido bosque se transformaba en un árido lugar, lleno de árboles muertos y flores secas, una fina capa de hielo se extendía por la seca tierra hasta llegar a sus pies. No necesitaba mirar el cielo para saber que el sol había sido ocultado por pesadas nubes grises.

Siempre era lo mismo. Sin importar cuanto tiempo pasara o cuantas veces estuviera allí, simplemente el sol jamás brillaba a través de las nubes ni nuevas plantas crecían. Estaba atrapada en su mente a merced de lo que su propia magia quisiera hacerle.

—Es una lástima ¿verdad? —dijo una voz femenina.

Keira volvió su mirada al árbol cercano observando como la joven se acercaba a ella. Físicamente eran casi iguales, ambas de piel blanca debido a la falta de sol, cabello rojo en degrade con mechones dorados y plateados, ojos felinos y de esbelto cuerpo, la única diferencia era que las manchas de sus orejas y cola eran negras mientras que las de Keira blancas. Sin embargo, sus similitudes terminaban allí, sus personalidades eran como el agua y el aceite, mientras que Keira mataba por defensa, ella lo hacía por placer, si una amaba la vida, la otra la muerte, ella buscaba venganza mientras que Keira solo quería libertad. Eran las dos

caras de una misma moneda y aun así no podían existir sin la otra.

—¿Ahora qué quieres? —preguntó Keira agotada.

—¿No deberías saberlo ya? —La voz de la joven era helada como el hielo y una oscura sombra bailaba en sus ojos—. Déjame tomar el control Keira, sabes que puedo conseguirte lo que más anhelas.

—No.

—¿Por qué vivir en la incertidumbre si puedo acabar con ello? —preguntó al mismo tiempo que alcanzaba el rostro de Keira para jugar con sus cabellos—. ¿Por qué huir cuando simplemente puedes forjarte una vida? Solo déjame tomar el control Keira y entonces serás libre.

—¿Y a cuantos tendrás que matar para lograrlo?

—¿Acaso importa? Al final de todo tú serás la vencedora. ¿No es por eso que has luchado todo este tiempo? ¿Para demostrarle a ellos que no eres lo que piensan? ¿Qué jamás serás lo que ellos quieren?

—En el momento que ceda a ti Layrah, lo seré —afirmó Keira mirándola a los ojos. Estos podían ser idénticos a los de ella, pero la locura que se escondía en los de Layrah no estaba presente en los suyos.

—¿Cómo estas tan segura? Tú y yo somos la misma —ronroneó.

—Te equivocas.

Layrah suspiró dramáticamente y una cruel sonrisa cruzó su rostro enviando escalofríos por la columna de Keira.

—Algún día, pequeña, algún día entenderás que tengo razón —dijo pasando una de sus afiladas garras por la mejilla de Keira haciéndola sangrar—, y entonces cuando eso llegue dejaras de luchar.

—Eso jamás sucederá.

—No te confíes Keira, varias veces estuviste cerca de ceder.

—Y fue el peor error de mi vida.

La cara de Layrah se torció en una mueca furiosa y con un gruñido se abalanzó sobre ella. Un rayo cayó del cielo y una llamarada de fuego surgió del lugar quemando todo lo que pudiera tocar, Keira luchó por apartar las manos de Layrah de su cuello arañando fuertemente sus brazos y todo lo que lograra tocar de ella, sin embargo, Layrah permaneció en el lugar gruñendo palabras incomprensibles mientras

aumentaba la presión en su cuello.

El humo del ambiente solo empeoraba la creciente asfixia de Keira mientras el fuego cada vez más se acerba a ellas, un gruñido de frustración escapó de sus labios y una vez más empujó inútilmente a su contrincante. Pronto el incendio las rodeó y con una sola mirada de Layrah detuvo su avance esperando que su ama le ordenara que hacer; no importaba que tanto Keira luchara por apartarla o por tomar el control del fuego ninguno de los dos respondía a sus intentos dándole a entender que de alguna manera ella se estaba fortaleciendo. Jadeando por aire observó los inclementes ojos de Layrah viendo reflejada en ellos su expresión aterrorizada, poco a poco cerró los ojos cayendo en la inconciencia recriminándose una y otra vez por ser tan débil.

Capítulo 4

Capítulo 4

Los apresurados pasos de Taranis resonaron por los estrechos pasillos de piedra, los guardias que había allí se inclinaban a su paso intentando no enojarlo más de lo que ya estaba. El pétreo rostro del kelter brillaba bajo la luz de las farolas dejando ver la ira de sus azules ojos y el brillo plateado alrededor de su cuerpo —característico de su raza—, titilaba con fuerza dándole un aspecto más sombrío.

Luego de varios minutos finalmente se detuvo frente a una puerta de metal custodiada por dos guardias, estos al verle se apresuraron a abrirla revelando un hombre encadenado colgando del techo. Detrás de él un mercenario estrellaba con fuerza el látigo en su espalda consiguiendo que el hombre gimiera varias veces de dolor.

Impasible ante la vista, Taranis entró en la celda y se paró frente al hombre encadenado evaluando su amoratado rostro. El mercenario se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó fríamente el kelter.

—No ha dicho una palabra, milord —le aseguró el mercenario haciendo una mueca.

Furioso Taranis golpeó el rostro del güindar asegurándose de hacerle el mayor daño posible. Liam gimió, pero levantó la mirada hacia él, enfrentando sus enojados ojos con determinación.

—¿Dónde está? —rugió Taranis.

—No te lo diré.

Taranis le dio un puñetazo en el estómago y Liam tosió sangre.

—Deberías pensar mejor tus respuestas, Liam. Puede que decida hacerte esta misma pregunta frente a tu esposa e hijos.

Liam apretó la mandíbula, obligándose a mantener la calma pese al temor que crecía en su interior.

—¿Qué te hace pensar que los puedes encontrar? —Al ver la sorpresa en los ojos de Taranis, supo que él no se había tomado el tiempo de investigar todo—. ¿Realmente pensaste que no iba a encargarme de ellos

antes de ayudar a esa pobre chica?

La duda que su pregunta le causó, enojó aún más a Taranis.

—Mientes.

—Sabes que no. Además, no hay manera que vuelva a permitirte que los uses a ellos para obtener lo que quieres de mí. Ya suficiente daño le hice a esa chica como para ayudarte con más, si quieres encontrarla haz que tus hombres la busquen.

Taranis entrecerró los ojos. Y Liam sonrió.

—No han encontrado su rastro, ¿o sí? —preguntó con satisfacción. Le alegraba saber que ella había podido escapar.

Taranis miró fijamente a Liam por unos segundos antes de hacerle una señal al mercenario. El chasquido del látigo resonó en la celda mientras el kelter se marchaba de allí. Necesitaba enfriar su temperamento y pensar con claridad, su fierecilla rebelde era astuta y difícil de atrapar; podía moverse con facilidad en los bosques sin dejar rastro alguno, pero también sabía cómo pasar inadvertida en medio de una multitud. Comenzaba a arrepentirse del entrenamiento que le había dado.

—¿Aquel inútil habló? —preguntó una voz femenina, tan pronto Taranis llegó a su oficina.

Saliendo de sus pensamientos Taranis levantó la mirada, encontrando a Saihre sentada en su escritorio. Llevaba un corto vestido rojo que revelaba gran parte de sus largas piernas y un pronunciado escote. Sintiendo su mirada Saihre sonrió y cruzó las piernas dejándole ver más de su cremosa piel.

—¿Y bien? —preguntó.

—No —gruñó Taranis cerrando la puerta de la oficina—. El bastardo incluso se atrevió a retarme.

Saihre hizo una mueca y se acercó a él.

—Ya se dará cuenta de su error —La elfa pasó su dedo por la apretada mandíbula de Taranis y besó levemente sus labios—. Mientras tanto yo puedo buscarla, he pasado bastante tiempo con ella y la conozco mejor que la mayoría de los hombres.

Taranis levantó la mirada hacía su rostro y pensó en la propuesta. Es verdad que varias veces había enviado a Saihre para enseñarle modales a su gata salvaje pero la elfa tendía a ser bastante imprudente cuando se

enojaba y estaba seguro que no pasaría mucho tiempo antes de que su fierecilla la hiciera enojar. Sin embargo, seguía siendo una de sus mejores opciones.

—De acuerdo —Enrolló un brazo alrededor de su cintura y la pegó a él besando lentamente su cuello—. Pero quiero que me reportes todo lo que suceda y me consultes antes de hacer algo.

Saihre sonrió ladeando su cuello para darle más acceso.

—Por supuesto.

Keira se despertó jadeando en busca de aire y abrió los ojos observando frenéticamente sus alrededores.

Estaba en el mismo bosque de antes, bajo el enorme árbol donde se había cobijado la noche anterior. Los cálidos rayos de luz se filtraban entre las plateadas hojas, permitiendo que unos pocos tocaran su cabello dándole una sensación de calidez; sin embargo, eso no era suficiente para calmar el miedo que crecía en su interior. A excepción del árbol en el que estaba recostada, todo el lugar estaba quemado, las plantas no eran más que cenizas blancas en la negra tierra, varios troncos de árboles aún ardían levemente y algunos esqueletos de animales yacían en el suelo.

Su magia se había salido de control y aquello no le gustaba. Tenía que salir de ahí. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que tuvo su encuentro con Layrah, pero seguramente alguien debía estar en camino hacia allí; era imposible que no hubieran visto el humo. Apoyándose en el tronco se levantó y gruñó al notar la sangre que goteaba de sus brazos y cara. Eso arruinaría cualquier intento de escape, lo único que podría hacer por el momento era alejarse lo más que pudiera del lugar al mismo tiempo que buscaba donde lavarse las heridas. Solo esperaba que los cortes sanaran pronto, porque estaba segura que su magia no los iba a cerrar esta vez.

Ignorando el horrible dolor de cabeza que tenía, se obligó a ponerse en marcha. Caminó durante varios minutos zigzagueando entre las plantas, sin importarle el rastro de sangre que estaba dejando; cuando consideró que había sido suficiente distancia se limpió los brazos con la parte baja del suéter y comenzó a trepar un árbol. Una vez en la cima olfateó el aire clasificando los diversos olores que percibía, escogiendo cual era el camino más seguro para viajar. Cuando se decidió fijó su mirada en el árbol más cercano y apartándose del tronco, uso la rama en la que estaba para coger velocidad y saltar al otro árbol. Las heridas de sus brazos le ardieron y picaron cuando agarró la nueva rama y se balanceó para treparse en ella, no obstante, no permitió que eso la retrasara ni le

impidiera seguir viajando entre los árboles durante las siguientes horas.

Pese al agotamiento que sentía y al fuerte dolor de cabeza que comenzaba a nublarle la vista, no se detuvo sino hasta llegar al gran río que buscaba. Aprovechando que la corriente no era fuerte se sumergió en el agua y cambió de forma antes de comenzar a nadar río arriba, agradeciendo que el agua llevara cualquier rastro de sangre lejos de ella.

A medida que el tiempo pasaba sus brazos y piernas le pesaban cada vez más dificultándole su avance, y su dolor de cabeza se había convertido en un latido sordo que la obligaba a entrecerrar los ojos por la molestia que la luz le causaba. Frustrada y dolorida dio una fuerte patada en el agua. Un chillido de dolor se escapó a través de sus labios cuando su pata derecha golpeó una filuda roca adormeciéndosela por unos instantes. Reconociendo que era inútil intentar avanzar en el estado que se encontraba, nadó hasta la orilla y con gran esfuerzo sacó su felino cuerpo del agua. Luego de sacudirse cambió de forma y caminó durante varios minutos hasta encontrar un gran árbol con las raíces levantadas. Debatiéndose qué lugar era mejor para descansar, observó las gruesas ramas cubiertas de hojas doradas y plateadas que resplandecían con el sol. Si se acomodaba allí el brillo de las hojas llamaría la atención, haciendo que fuera muy probable que la encontraran; por lo que no le dejaba más opción que acurrucarse en el hueco que había debajo de las raíces.

El cansancio pronto la adormeció y con un poco de dificultad se acomodó en el pequeño espacio intentando estar más cómoda. Lo último que vio antes de dormirse fue el baile primaveral que las hojas hacían con el viento.

Shawn observó los hombres frente a él intentándose concentrar en los movimientos que realizaban. Sus pensamientos continuaban desviándose a la conversación que había tenido el día anterior luego de que Zeph diera por concluido el interrogatorio. Aun cuando no sabía que era lo que le pasaba, Zach lo conocía lo suficiente para saber que algo le molestaba, así que antes de que reanudaran sus labores el hada lo había apartado a un lado asegurándole que contaba con él y aunque Zeph no había dicho nada, sabía que él estaría allí si algo sucedía.

Y era eso justo lo que le preocupaba. Estaba seguro que todo aquello tenía relación con su hermana ya que los problemas la seguían como una sombra. Involucrarse con ella era desafiar la muerte y sin embargo eso a él nunca le había importado ni lo hacía ahora. Pero no podía arrastrar a los demás a un agujero que él mismo no terminaba de comprender.

El sonido metálico de las espadas lo sacó de sus pensamientos, obligándolo a concentrarse en el entrenamiento de su equipo.

—Presta más atención, Lion, tú defensa está muy débil —ordenó a uno de los hombres que entrenaba.

Suspirando recorrió la mirada por los diez hombres que practicaban con la espada como parte de su entrenamiento centinela. Aún si encontraba una manera de rescatar a su hermana, cosa que sinceramente dudaba, tendría que idear una forma de mantenerla lejos de su vida como Centinela. Lo último que quería era darle más problemas e involucrarla en un mundo donde sería cazada.

Keira se despertó gritando, el sudor corría por su pálida piel, su cola estaba crispada del miedo y sus orejas se habían aplanado contra su cabeza. Desde que había cerrado sus ojos, los recuerdos de su pasado la atormentaron mezclándose con sus miedos, formando así horribles pesadillas. Le tomó varios minutos lograr calmarse y reconocer el lugar donde estaba, el sol aún estaba en lo alto del cielo brillando con todo su esplendor, pero su reloj interno le dijo que pronto comenzaría a atardecer.

Sabiendo que eso era lo mejor que podía llegar a descansar, salió del pequeño agujero y trepó uno de los árboles cercanos para recoger los frutos. Mientras comía evaluó la situación en la que se encontraba intentando decidir su próximo movimiento. Estaba segura que los miembros de Silvertec ya debían haber sospechado que ella se encontraba en Crystalia, y la ventaja que había logrado obtener comenzaba a reducirse considerablemente. Lo primero que harían sería buscarla en Laynas y luego en un lugar despoblado, lo que los conduciría hacia allí. Con algo de suerte tardarían al menos tres días en descubrir lo del incendio. Pero las probabilidades de disponer de ese tiempo eran muy escasas. Si continuaba moviéndose hacia el norte pronto saldría del bosque y encontraría algún poblado o cuidad, podría esconderse allí durante un par de días antes de volver a ponerse en marcha, sin embargo, si hacía eso correría un gran riesgo estando cerca de otras personas. No conocía cuántos miembros tenía Silvertec y sin saberlo podría toparse con uno, sin mencionar que Taranis consideraría la probabilidad de que ella se ocultara en una pequeña ciudad, aun sabiendo que prefiere la soledad.

Fuera por donde fuera estaba atrapada. Frustrada tiró la morada semilla al suelo y apoyó su cabeza contra el tronco. Por el momento su mejor opción era refugiarse en medio de una multitud, luego ya pensaría que

más hacer.

Keira tardó dos días en encontrar la siguiente ciudad; durante su viaje había visto varios poblados pequeños dentro del bosque lo que la obligó a dar rodeos, pero finalmente llegó a Ryhz. A diferencia de Laynas la ciudad no estaba cercada y las coloridas casas y el bullicio del lugar eran notorios desde el borde del bosque donde se encontraba.

Deshaciéndose de su parcial transformación sus orejas, bigotes y cola desaparecieron, y luego de asegurarse de que nadie la estuviera mirando entró en la ciudad. Esta vez nadie custodiaba la entrada, sin embargo, tan pronto pisó las acristaladas calles una fuerte opresión se instaló en su pecho haciéndola jadear por la sorpresa. Un gruñido furioso resonó en su cabeza y supo que de algún modo la ciudad de Ryhz tenía una barrera mágica que debilitaba levemente su magia.

Conteniendo un gruñido molesto caminó por las calles, observando todo a su alrededor. La mayoría de edificios estaban decorados en los marcos con numerosos símbolos y dibujos brillantes de varios animales mágicos y plantas. No le tomó más de cinco minutos saber que todo en aquella ciudad estaba encantado. Un zumbido pasó por encima de su cabeza y levantando la mirada observó varias hadas revolotear sobre las casas, una opresión se instaló en su pecho al notar que todos los que la rodeaban eran hadas o elfos.

Obligándose a permanecer calmada continuó caminado por las calles hasta llegar a un pequeño parque. El agua que manaba de la gran fuente llenaba el aire con una esencia fresca que flotó hasta su nariz, varios niños chapoteaban contentos dentro de ella mientras sus padres los vigilaban a una distancia segura. No le pasó desapercibido los dos elfos que rondaban por el parque mirando todo con atención, ni la forma en que cada una de las personas que había allí fijaba su mirada en ella a medida que avanzaba lentamente hacia la fuente. Fingiendo que aquello no le molestaba colocó sus manos bajo el chorro de agua y luego se las llevó a la boca, bebiendo el frío líquido. Los niños no tardaron en volver a sus juegos y pronto sus padres regresaron a lo que estaban haciendo antes, sin embargo, las conversaciones fluían en susurros y le costó mucho no tensarse cuando una mujer la menciono a ella.

Justo cuando estaba por dar media vuelta y marcharse vio por el rabillo de su ojo que los dos elfos comenzaban a acercarse a ella. Apretando los dientes luchó contra sus instintos impidiendo que sus garras surgieran y en cambio optó por pasar su mano fría detrás de su cuello. El día estaba bastante caluroso por lo que no resultaba extraño su acción, no obstante, estaba consciente que los rasguños que había en su saco llamarían la atención de cualquiera que la viera.

A medida que los elfos se ubicaban a cada lado de ella, sus instintos y magia pulsaron en su interior presintiendo el peligro. Cuando estuvieron a dos pasos de ella, Keira se volteó y enfrentó la mirada del más alto de los dos, no sin de darse cuenta rápidamente que ambos llevaban el mismo uniforme.

—Sois nueva en la ciudad —declaró fríamente el elfo, analizándola de la cabeza a los pies. Aquella inspección molestó a Keira que entrecerró los ojos en él, pero esperó a que continuara—, ¿Tenéis alguna razón específica para vuestra visita? De ser así nosotros os acompañaremos hasta el lugar dado que no conocéis las calles.

Keira bufó irritada.

—Esa es una patética excusa para cubrir el hecho de que planeáis vigilarme.

El hombre frunció el ceño.

—Tened cuidado de como os dirigís a nosotros, niña —dijo el segundo elfo acercándose más a ella con la intención de intimidarla, sin embargo, Keira solamente se limitó a mirarlo—. Como soldados podemos haceros pagar muy caro vuestro irrespeto.

Keira apretó los labios ante la amenaza, reteniendo el gruñido que se estaba formando en su garganta y observó detalladamente a los dos hombres, sin importarle que su mirada pudiera parecerles irrespetuosa. El más alto de los dos llevaba su largo cabello plateado recogido en una coleta baja, una delgada trenza verde con un diamante incrustado en ella colgaba de uno de sus mechones cayendo sobre una de sus orejas ligeramente puntiagudas. Los plateados botones de su larga chaqueta negra tenían estampados una especie de símbolo, mientras que en sus hombros estaba bordado un gran árbol con hilos azul claro; debido a su estilo abierto los extremos de la capa caían más abajo de sus rodillas dejando ver su pantalón negro y las largas botas que llevaba. Una espada colgaba de su cadera bajo su chaqueta. Viendo su inspección el elfo apartó levemente el borde y con un gesto amenazador colocó su mano sobre la empuñadura.

Sin amilanarse detalló el uniforme de su compañero notando que los colores de sus botones y bordados variaban, además de la ausencia del diamante en su trenza. No le fue difícil deducir que debía ser de menor rango.

Molesta por su intento de intimidación Keira gruñó levemente.

—¿Qué queréis?

El líder cerró el espacio entre ellos y la miró a los ojos sin molestarse en ocultar su enojo.

—Vamos a llevaros ante lord Milstog, y vos nos seguiréis sin protestar —ordenó agarrando su codo—. Ya veremos si esa valentía vuestra os dura hasta entonces.

Keira apretó la mandíbula intentando ignorar a Layrah. A ella le divertía como aquellos elfos, aun siendo soldados entrenados ignoraban el peligro que presentaba para ellos. No le tomaría más de un minuto en dejar que sus poderes viajaran a través de la mano del elfo hasta su energía vital y solo necesitaría un firme tirón de sus hilos de magia para matarlo, Layrah incluso le recordó que aun sin el uso de sus poderes deshacerse de ellos no sería ningún problema para ella.

Molesta por la actitud de su magia Keira contuvo su parte animal y apretó el control que tenía sobre Layrah mientras se dejaba guiar por las calles; no quería llamar la atención sobre su paradero ni que sus actos cayeran en oídos erróneos. Por el momento vería quien era ese tal lord Milstog y que representaba para ella y a partir de eso tomaría una decisión sobre qué hacer.

Capítulo 5

Capítulo 5

Shawn caminaba por los acristalados pasillos de Firelight ignorando la regular opresión que aquel lugar le producía y la persistente ansiedad que tenía últimamente. Para muchos la sede del gobierno Ylenor era un lugar impresionante y hermoso, lleno de elegantes pasillos con incrustaciones de piedras preciosas en las paredes, pisos hechos de cristal, y techos abovedados con grandes murales en ellos. Pero para él no era más que una inmensa prisión con forma de media luna y cadenas de oro, al que se veía obligado a regresar más seguido de lo que le gustaría.

Sin prestar atención a la usual actividad del lugar, subió por la escalera de caracol y se internó en la habitación designada para las reuniones con los Centinelas. El lugar era una ovalada habitación llena de espejos, una especie de trono estaba ubicado en el centro y a su alrededor varias sillas estaban colocadas estratégicamente permitiendo que todos fueran visibles desde cada ángulo. Sin importarle que fuera el último en llegar, ni que la junta lo haya tenido que esperar varios minutos, Shawn se dirigió lentamente a su asiento frente al trono disfrutando de la impaciente mirada que el consejero Rowan le lanzaba.

La junta no perdió tiempo en comenzar la reunión.

—El día de hoy estamos reunidos aquí para tratar con el caso 9A82 que fue abierto por los Centinelas hace dos días —comenzó Rowan. Sus fríos ojos azul agua analizaban a cada integrante de la habitación—. Hace seis días los lideres centinelas capturaron a un veldem en la ciudad de Lumber, cerca de los barcos mercantiles, luego de que Zachary hubiera captado su rastro en una de las evidencias recogidas semanas atrás —Hizo una pequeña pausa esperando que el hada confirmara la información, antes de continuar—. El veldem responde al nombre de Crialex Wringows residente de Laynas, y gracias a la investigación llevada por los Centinelas supimos que el hombre no es más que un humilde siervo de la casa Dadhyr. Lo que nos lleva a preguntarnos, ¿cómo alguien sin grandes recursos terminó en las costas de Lumber?

A través de los espejos Shawn pudo ver como los miembros del jurado fruncían el ceño ante la información, susurrando especulaciones sobre lo sucedido sin llegar a definir algo concreto. Por otro lado, Rowan observaba con deleite las sospechas que infundió en la sala mientras jugaba con el diamante rosa de su anillo, dejando que los murmullos duraran varios

minutos más antes de aclararse la garganta y proseguir.

—El día de ayer se acordó que Crialex se presentaría ante esta junta para decir su versión de los hechos y deliberar su castigo; teniendo en cuenta que las afirmaciones hechas ante los Centinelas y las grabaciones recogidas en sus interrogatorios serán usadas como prueba verídica y nada de lo que diga el día de hoy podrá contradecir o refutar dichas pruebas. Sin más que añadir —Rowan chasqueó los dedos y varias hojas aparecieron frente a los integrantes de la sala—, les presento las declaraciones escritas del testimonio de Crialex Wringows. En esta ocasión el supremo revisor que se encargó de escuchar las grabaciones para escribir y certificar los documentos fue el consejero Reihan. Les pido el favor que los lean con atención antes de que nuestro acusado sea traído.

Shawn agarró las hojas que flotaban frente a él y ojeó el contenido, desconcertándose ante los leves cambios y omisiones que habían hecho en las declaraciones y ante el apartado de la última confesión. La fecha de la grabación data del día anterior a la una de la madrugada, dos horas después de que ellos hubieran terminado con el último interrogatorio, lo que significaba que Crialex había pedido grabar esa conversación. Intrigado por el nuevo dato, Shawn miró a Zeph tratando de averiguar si él lo sabía, pero este mantuvo su inexpresiva mirada en Rowan.

El consejero permaneció impasible ante los escrutinios de Zeph, negándose a reconocerlo. Rowan era un duende viejo y por ende no sucumbía fácilmente a la presión que la magia de Zeph imponía en el aire. Tenía cabello negro y estatura media, pero al igual que la mayoría de las personas en Crystalia su cuerpo no delataba la cantidad de años que tenía a excepción del color verde oliva que su piel había adquirido con los siglos —característica especial en los ancianos de su raza.

Bufando con molestia Shawn volvió su atención a las hojas, buscando el nombre de la persona que había grabado la confesión de Crialex, y al verlo entrecerró los ojos. Lytzael Vrig. Si su memoria no le fallaba —cosa que nunca hacía—, Lytzael era uno de los soldados que custodiaban al veldem aquella noche.

Las puertas dobles de madera se abrieron repentinamente y dos guardias entraron arrastrando a un hombre encadenado de cabello rojo y ojos violetas, sus pasos eran pesados y lentos como si quisiera retrasar aquel momento.

—Ah, joven Wringows, que placer es tenerlo con nosotros el día de hoy —dijo calmadamente Rowan mientras chasqueaba nuevamente los dedos, haciendo aparecer una silla de piedra junto a él—. Por favor tome asiento. Me alegra que esté en esta asamblea, nos ahorra muchos problemas a

todos.

Shawn ignoró los murmullos que estallaron alrededor de él y en cambio se concentró en terminar de leer la información. Pronto le tocaría a él intervenir y prefería entretener su mente el mayor tiempo posible antes de que tuviera que usar su magia en el acusado.

—Antes de que comencemos, ¿deseas algo de beber? —Wringows miró a Rowan como si le hubiera crecido otra cabeza y negó la petición rápidamente—. Bueno, es una lástima —El consejero negó con la cabeza lentamente antes de decir—: Entonces podemos empezar.

Shawn abrió su mente y permitió que su poder fluyera por toda la sala, de inmediato sintió el nerviosismo de Crialex, la arrogancia y confianza de Rowan, la incertidumbre y disgusto de los miembros de la junta y la molestia de Zach y Zeph. Tardó varios minutos en acostumbrarse a la tormenta de emociones, pero finalmente las mantuvo bajo control.

Rowan se levantó de su asiento y se colocó frente a Crialex con expresión impasible.

—Di tu nombre completo, edad y lugar de residencia —ordenó.

—Crialex Wringows, 42 años y actualmente vivo en Laynas.

Satisfecho Rowan asintió y chasqueó los dedos haciendo aparecer frente a él una pequeña bolsa de cuero negra. Con cuidado sacó el contenido y le mostró el ovalado envase.

—¿Esto es suyo, señor Wringows?

Crialex frunció el ceño y examinó el envase por un momento antes de asentir.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace cuatro semanas, cuando se lo vendí a una joven en Lumber.

Murmullos enojados estallaron en la sala impidiendo que Rowan hiciera su siguiente pregunta. Hasta el momento sus declaraciones eran iguales a las que hizo en el interrogatorio, sin embargo, Shawn podía sentir que algo no estaba bien, la satisfacción de Rowan aumentaba cada vez más con sus preguntas y un malestar comenzaba a emanar de Crialex a medida que su interrogatorio continuaba. Shawn fijó su mirada en el anciano cuando un mal presentimiento se instaló en su pecho.

Rowan levantó una mano para silenciar la sala y de inmediato todos

callaron.

—Supongo que usted sabía cuál era el contenido, ¿no es así?

Crialex se removió en su silla y las cadenas tintinearon.

—Sí, era…

—Y a pesar de eso usted lo vendió, pensando que no lo descubriríamos ¿verdad? —interrumpió Rowan.

—Yo no…

—Dígame señor Wringows, ¿cuánto cobró por él?

—Dos monedas de oro.

—¿Eso es lo que piensa que vale una vida, Crialex? —preguntó Rowan inclinándose hacia él.

—¿Qué…? No entiendo de qué está hablando.

Furioso lord Flayrlan, uno de los miembros presentes de la junta, se colocó de pie.

—Tú mismo admitiste ser consiente de los riesgos del vitrinium —vociferó—. Está en tu última declaración a los Centinelas.

—Sí, pero…

Crialex palideció dándose cuenta de adonde se dirigía el interrogatorio. Es verdad que había dicho eso, pero desde un comienzo no había entendido porque se lo preguntaban; a decir verdad, hasta ese momento no había entendido porque estaba ocurriéndole eso cuando solamente había estado siguiendo las órdenes del nieto de su señor. Zeph observó como el veldem se tensaba a medida que comenzaba a enlazar las preguntas y sus sospechas se confirmaron cuando una expresión de horror apareció en el rostro del acusado.

—Yo no sabía que eso era vitrinium —exclamó Crialex mirando la habitación desesperadamente—. Lo juro.

Rowan sonrió cruelmente.

—Eso no es lo que dicen tus declaraciones, incluso admitiste ante la junta tu conocimiento sobre ello.

Crialex negó con la cabeza y Shawn sintió el miedo del veldem crecer.

—Sí, pero pensé que era otra cosa. Incluso les dije a los Centinelas sobre ello —su voz cada vez era más desesperada y sus ojos miraban suplicantes a Shawn.

Apretando la mandíbula Shawn se mantuvo en su lugar.

—Rowan… —exclamó Zeph colocándose de pie.

—¿Estás insinuando que los documentos escritos con tus declaraciones son falsos? —preguntó Rowan ignorando al Centinela y cogiendo uno de los documentos—. Aquí no hay ninguna confesión tuya que declare lo que pensabas que tenía la botella. ¿Por lo tanto estás diciendo que el consejero supremo Reihan manipuló las declaraciones?

—N-No —tartamudeó Crialex—, pero…

—¿Entonces piensas que es culpa de los Centinelas? —rugió el anciano.

Zach entrecerró los ojos en el duende y se levantó.

—Rowan, eso no es… —comenzó a decir suavemente.

—¡Silencio! —gruñó—. Responda la pregunta señor Wringows.

—Yo no pienso que ellos…

—¿Entonces por qué intenta escaparse? —gruñó lord Flayrlan—. Por tu culpa los rumores se han comenzado a esparcir por Lumber y la familia de la víctima me culpa a mí. ¡Piensan que yo promoví que las drogas fueran vendidas sin tomar en cuenta los precedentes de estas! —Al ver que Crialex no respondía miró al consejero Rowan—. Exijo que este caso sea llevado ante la corte mayor para determinar la sentencia correcta.

Shawn gruñó en desacuerdo, pero Rowan asintió.

—¡No! ¡Yo no lo sabía! —gritó Crialex desesperado.

—¡Suficiente! —rugió Rowan—. Dado los acontecimientos de este caso y las declaraciones de esta junta la solicitud de Dunas Flayrlan será tenida en cuenta y el caso pasará directamente al Gran Tribunal.

—¡No, por favor! —suplicó Crialex colocándose de pie.

—Llévenselo —ordenó Rowan a los guardias.

Los dos hombres arrastraron al veldem fuera de la habitación ignorando sus constantes suplicas. Zach hizo una mueca y se acercó a Zeph luego de que Rowan diera por terminada la sesión y los miembros de la junta comenzaran a abandonar la sala.

—¡No puedes juzgarlo como un crimen mayor! —gruñó Shawn perdiendo su compostura una vez estuvieron solos—. El hombre no mentía.

Rowan miró a los tres Centinelas y sonrió condescendientemente.

—Entiendo que puedas haber sentido eso Shawn, pero es probable que tus sentimientos te hayan hecho creer eso o que él haya burlado tu magia. Incluso los poderes de ustedes tres pueden ser engañados a veces.

Shawn apretó los puños y se abstuvo de comentar. Eso era pura basura y todos lo sabían, aquel juicio había sido manipulado y Rowan parecía ser consciente de eso a juzgar por la satisfacción que estaba sintiendo. Gruñendo dio media vuelta y salió de la habitación sin importarle lo que pensaran los demás, si no iba a poder ganar ese argumento no tenía sentido lucharlo.

Zach dio un paso adelante con la intención de hacer razonar a Rowan, pero Zeph colocó una mano en su hombro impidiendo que protestara. El hada no necesitaba mirar sus ojos para saber que también él estaba enojado, la energía que crepitaba su alrededor se lo decía. Entendiendo la indirecta inclinó la cabeza como despedida y salió de la habitación.

Zeph miró durante unos momentos más a Rowan, el enojo y la frustración bullían en su interior haciendo que su poder crepitara bajo su piel y por un breve momento lo dejó salir cargando el aire a su alrededor con un sonido eléctrico.

Rowan levantó una ceja.

—¿Ocurre algo?

—Hace años creasteis el grupo de los Centinelas para ayudar al pueblo, resolviendo los problemas con justicia e imparcialidad sin importar quien fuera el acusado o criminal —dijo Zeph fríamente.

—¿Y?

—Somos Centinelas, Rowan. No lo olvides.

La cara del anciano se tornó roja de rabia y dando un paso hacia Zeph

susurró amenazadoramente:

—¿Estáis amenazándome?

Zeph se encogió de hombros y mantuvo su rostro inexpresivo.

—Tomadlo como queráis —Dicho esto salió de la habitación.

***

Keira observaba con fingido desinterés todo lo que la rodeaba, sin embargo, detallaba cuanto podía a medida que los elfos la arrastraban por la ciudad. Los símbolos y dibujos que antes vio en las casas también estaban a lo largo de las farolas y estatuas decorativas, el suelo acristalado emitía un tenue brillo rosa cada vez que daba un paso iluminando, por meros segundos, las paredes de madera de las construcciones cercanas. Las casas y edificios estaban separados entre sí por pequeños patios donde varias veces vio niños pequeños jugando cerca de la estatua o mujeres conversando junto a las flores. El aire zumbaba con el revoloteo que las hadas hacían al pasar sobre ellos y varias veces tuvo que esquivar las flores y hojas que desprendían de los techos.

Luego de varios minutos caminando en medio de las casas, los tres salieron a una de las calles principales donde múltiples carrozas hechas, principalmente, con ramas y flores eran tiradas por diversas razas de equinos. Dos cebras pasaron trotando frente a Keira obligándola a retroceder levemente, lo que ocasionó la risa de los soldados que continuaron caminando por la calle. Diversas personas transitaban por los lados de la acera conversando y mirando ocasionalmente los carruajes que pasaban, mientras que Keira analizaba todo con curiosidad, memorizando el funcionamiento de la ciudad y todo cuanto podía ver.

Cuando llegaron frente a un establo Keira fue obligada a permanecer en la entrada junto con el soldado de menor rango, mientras su compañero hablaba brevemente con el joven que custodiaba la puerta. Minutos más tarde dos hermosos unicornios aparecieron frente a ella siendo jalados por el mismo joven. Agradeciéndole fríamente al mozo, el capitán tomó las riendas del unicornio negro y de un salto se subió.

—No querrás que monte en uno de ellos —dijo Keira frunciendo el ceño mientras miraba a los dos animales.

—¿Asustada? —preguntó burlonamente el elfo detrás de ella—. No te preocupes, aún tenemos que llevarte con lord Milstog por lo que no dejaremos que te caigas.

Keira bufó.

—Eso no es lo que me inquieta.

Ignorando su reticencia el elfo la cogió de la muñeca y la obligó a acercarse al animal. Keira observó con cierto malestar como el unicornio comenzaba a resoplar a medida que ella se acercaba, siendo seguido por su pareja quien también golpeaba el suelo con una de sus patas delanteras; indiferente a la inquietud de su montura el capitán apretó las riendas para corregir su comportamiento, pero no sirvió de mucho ya que el unicornio comenzó a sacudir fuertemente la cabeza mientras intentaba retroceder. Al sentir que su jinete no le permitía libertad de movimiento, el semental se levantó sobre sus patas traseras relinchando fuertemente. Keira retrocedió un paso, mientras que el elfo junto a ella tropezó al intentar esquivar las patas del animal y terminó cayendo cerca del otro unicornio. El establo se llenó de los continuos relinches de ambos unicornios y de los gritos que el capitán emitía intentando controlar a su montura.

Odiando ver la inquietud y malestar del animal, Keira inclinó levemente la cabeza sin importarle que los demás vieran su muestra de sumisión, después de todo no era frente a ellos que se doblegaba. Lentamente extendió su mano y esperó con paciencia a que el animal volviera a estar sobre sus cuatro patas antes de dar un pequeño paso hacia él sin dejar de mirar sus ojos ámbares. El miedo que vio en ellos le dolió, pero envió el sentimiento a una parte remota de su mente para evitar que aquello le afectara, y en cambió le habló suavemente aun con su mano extendida permitiendo que su aroma llegara a él.

Aún nervioso el semental miró brevemente su mano y acercando su hocico la olfateó antes de volver sus brillantes ojos de nuevo a los de ella. Una vez más Keira se acercó otro poco a él, esta vez susurrándole palabras tranquilizadoras en el mismo lenguaje antiguo que había aprendido de pequeña.

Poco a poco los unicornios dejaron de relinchar, mientras que la incredulidad y desconcierto de los elfos crecía, pero Keira ignoró intencionalmente las miradas que estaba recibiendo y se concentró en el animal frente a ella. Suavemente apoyó una mano en su hocico mientras que con la otra acariciaba su cuello, y lentamente dejó que sus poderes fluyeran por el enorme cuerpo del animal. Su miedo, inquietud y nerviosismo vibraron a través de los hilos de poder cosquilleando bajo sus dedos como corrientes eléctricas que fluían directamente a su corazón. Cerrando los ojos evocó uno de los recuerdos más alegres y pacíficos que tenía y se concentró en las emociones que había sentido por aquel entonces antes de enviarlas a través de sus hilos de poder. La respiración

del unicornio finalmente se normalizó.

Abriendo los ojos Keira se encontró con la mirada conocedora del animal y sonriendo levemente, deslizó lentamente sus dedos a través de su hocico hasta que la punta de ellos toco la base de su cuerno. El semental apartó levemente su cabeza por unos segundos, antes de volver a colocarla donde estaba antes permitiéndole tocar su reluciente cuerno.

-Videre

La palabra fluyó como agua en un rio, a través de la mente de Keira haciéndola tensarse levemente. Aun así, le respondió al unicornio de la misma forma que él le había hablado.

-Así es.

-Peligrosa.

La sonrisa de Keira desapareció, pero no se apartó del animal.

-Solo con los que me enojan.

El unicornio relinchó y se apartó de ella rompiendo así la conexión mental entre ambos.

Obligándose a mantener su compostura relajada, Keira caminó hasta uno de los costados del animal y miró con burla al soldado que tenía la vista fija en ella.

—¿Aún quieres que monte? —preguntó.

El elfo no contestó, en cambio se inclinó hacia ella y agarrándola por la cintura la obligó a montar. No pasó mucho tiempo antes de que ambos unicornios estuvieran galopando por las calles de la ciudad.

***

Los escasos rayos de sol que se filtraban a través de las azules hojas de los árboles no eran suficientes para ayudar a Kai, quien debido a los frágiles tubos que llevaba en el contenedor, tenía que andar con cuidado entre las raíces de los árboles y los arbustos espinosos de Timbermoon. Lentamente esquivó otro matorral y sobrevoló sobre una gruesa raíz teniendo cuidado de no chocar con las ramas.

Para su frustración y enojo había tenido que retrasar las pruebas debido a las exigencias de su jefe, pero finalmente encontró la forma de escabullirse de sus deberes sin correr riesgo alguno de que sospecharan

de él. Sin embargo, eso no quitaba la molestia que sentía en esos momentos al pensar en las limitaciones que tendría de ahora en adelante vigilando ese proyecto y sus investigaciones. No era solo el hecho de que ahora la mayor parte de su tiempo tuviera que verse enfocada en buscar a esa mocosa, sino que el hecho de su desaparición implicaba que no iba poder seguir realizando sus análisis y creaciones con la misma libertad de antes, ya que sin ella cerca sus recursos eran bastante limitados.

Esquivando otro conjunto de ramas llegó al enorme lago que estaba buscando. La plateada agua brillaba bajo los rayos de sol, desprendiendo ligeros brillos de luz sobre las flores azules y blancas que rodeaban la orilla. El verde césped se movía suavemente debido a la ligera brisa y varias aves trinaban en los árboles; dos cervatillos pastaban cerca del agua mientras que sus padres los vigilaban de lejos. Era el lugar perfecto para poner en marcha sus pruebas, nadie lograba adentrarse allí debido al denso follaje y a lo fácil que era perderse y ningún animal salía de allí por el hecho de que la magia de Crystalia protegía el bosque y sus criaturas.

Sin perder tiempo se instaló cerca de los árboles y se dispuso a esperar. No pasó mucho tiempo antes de que los venados se marcharan y un enorme felino se acercara al lago a beber, sonriendo ante el hermoso ejemplar sacó el arma de su mochila teniendo cuidado de no alertar al animal, abrió rápidamente el contenedor y descongeló el líquido de uno de los tubos que llevaba. Sin apartar la vista del felino impregnó las tres agujas con el líquido y las ensambló en el arma, para luego disparárselas al animal. La pantera soltó un gruñido antes de alejarse corriendo del lago e internarse de nuevo en el bosque. Satisfecho, Kai volvió a recargar el arma y se dispuso a esperar nuevamente.

El siguiente animal en acercarse al lago era un ejemplar joven de vlunx su esbelto cuerpo se movía con agilidad por el pasto, su larga cola blanca se balanceaba perezosamente y las plumas de su cabeza permanecían acostadas indicando su estado tranquilo y relajado. Kai se reacomodó en el lugar intentando conseguir una mejor posición para disparar, cuando lo logró apuntó el arma al largo cuello felino y disparó. Al igual que la pantera, el vlunx gruñó y levanto las rojas plumas de su cabeza buscando con la mirada quien lo había atacado, al no encontrarlo se internó en el bosque alejándose de allí.

Sintiéndose contento con sus resultados Kai volvió acomodarse dispuesto a esperar que apareciera otro ejemplar perfecto para sus pruebas. Había pensado que tardaría más en encontrar los animales que más se adecuaran a las características que necesitaba, pero aquellos dos eran buenos especímenes, eran jóvenes, fuertes y por su instinto natural con la naturaleza podía decir que eran dominantes. No le costaría mucho encontrarlos cuando volviera en una semana a revisar los resultados de su

experimento.

No podía esperar para ver cómo se desarrollaban las cosas. Con algo de suerte no necesitaría más de dos semanas para comenzar a probar la droga en personas y si todo iba bien, al final de la tercera semana estaría anunciando su descubrimiento al mundo.

***

Para alivio de Keira el viaje transcurrió en silencio y ninguno de los dos oficiales hizo algún comentario sobre lo sucedido en el establo. Durante el camino Keira observaba todo, memorizando cada detalle por si llegaba a necesitarlo; no le costó darse cuenta que los elfos intentaron varias veces distraerla pasando por sitios muy similares o desviándose un poco, sin embargo, la ruta siempre terminaba dirigiéndose al este de la ciudad. En algún momento del viaje, Keira pudo distinguir los lejanos murmullos del mercado principal y la zona roja de la ciudad, lo que la ayudó a crear una imagen más completa del lugar.

Finalmente, luego de una hora el trote de los unicornios comenzó a disminuir a medida que se adentraban más en la mejor parte de la ciudad. Grandes casas de madera con jardineras en las ventanas y rejas en la entrada llenaron las calles, las plazoletas que las separaban cada vez eran más grandes y lujosas mientras que los símbolos en las puertas y ventanas pasaban de ser simples animales a grandes pegasos, fenrirs, rocs y unicornios. Su viaje pronto finalizó frente a un alto muro de piedra caliza que rodeaba toda la instalación impidiéndole ver el recinto.

Curiosa Keira observó como el soldado frente a ella dirigía su montura hacia el muro y apoyaba una mano sobre él. Un capullo de rosa negra apareció bajo la palma del elfo y poco a poco fue floreciendo hasta quedar completamente abierta, fue entonces cuando intricados diseños verdes surgieron de la flor extendiéndose por la piedra hasta formar un arco. Segundos después la piedra dentro del arco desapareció revelando un elegante camino negro.

Sin perder tiempo, el soldado tras ella instó al unicornio a avanzar. Grandes jardines adornaban cada lado del camino, diversas flores blancas, negras y rojas estaban dispersas por el verde prado. Varias hadas con vestidos de sirvienta susurraban animadamente mientras recogían las flores, pero al verlos guardaban silencio y se concentraban en la tarea que tenían por delante.

Keira frunció el ceño ante la mansión que se alzaba frente a ella; no necesitaba ver el interior para saber que era opulenta y extravagante. Las paredes exteriores estaban hechas de piedra con incrustaciones de diamante, zafiro, y esmeralda, y cada uno de los marcos de los ventanales

y de la puerta eran de plata pura. Un elfo vestido con un elegante traje negro se apresuró a recibirlos incluso antes de que hubieran desmontado.

—Teniente de la esmeralda Almic —saludó el mayordomo inclinándose levemente—. Que sorpresa tenerlo aquí.

—No nos quedaremos mucho tiempo, Willston —dijo el soldado detrás de ella mientras desmontaba—. ¿Está lord Milstog?

El mayordomo miró nerviosamente a Keira antes de volver su atención al teniente.

—Sí, está en el salón de reuniones, pero seguro no le molestara su interrupción.

Almic asintió y jaló a Keira del brazo sin importarle que aquello pudiera hacerle caer. Gruñendo Keira se levantó del suelo y entrecerró los ojos en el teniente obligándose a contar despacio con la intensión de calmarse.

—Loran encárgate de los unicornios —ordenó Almic a su compañero antes de agarrar la muñeca de Keira y arrastrarla al interior de la mansión.

Keira no se molestó en mirar su alrededor, en cambio se concentró en escuchar los susurros de los empleados. La mayoría de ellos callaban al verlos, pero no tardaban en retomar sus conversaciones tan pronto los pasaban.

—…lord William se enojó una vez más con Catherine, la pobre tuvo la desgracia de tropezar en el campo de entrenamientos en un mal momento y…

—…Parece que uno de los soldados de lord William cometió un error y está hablando con él.

—¿Qué no era con Catherine? Sea con quien sea, no debe estar pasando un rato agradable.

—…Con el Jaykon acercándose, lord William está cada vez más colérico. Aparte de Adal ninguno de los soldados le complace.

Keira levantó una ceja ante eso último. Era evidente que William Milstog no era una persona agradable, sin embargo, el hecho de que tuviera sus propios hombres de armas le intrigaba.

Luego de ser arrastrada a través de otro corredor Almic finalmente se detuvo frente a unas enormes puertas de madera y llamó dos veces. La voz enojada de William resonó a través de la puerta permitiéndoles entrar. El teniente no perdió tiempo y jaló a Keira dentro del enorme

salón, lo que hizo que la joven gruñera levemente. Estaba segura que, si el elfo o alguien más volvían a jalarla una vez más, iba a golpear a la persona sin importarle las consecuencias.

—Lamento interrumpiros, milord —dijo Almic inclinándose brevemente, sin molestarse en mirar al joven herido junto a él—. Pero algo sucedió. Loran y yo encontramos a esta mujer en uno de los parques al sur de la ciudad, iba sin escolta y se negó a dejar que la lleváramos a su lugar de destino.

Los fríos ojos de William se posaron en Keira.

—¿Es verdad? —preguntó fríamente.

Keira se encogió de hombros y lo miró directamente, sin molestarse en hacer una reverencia o en reconocer al ogro junto a él.

—No me agrada que alguien esté vigilándome.

William frunció el ceño ante su evidente falta de respeto, mientras que el ogro gruñó en advertencia. Sin embargo, Keira solo le dirigió una aburrida mirada antes de volver su atención al elfo.

—Apreciaría si me tratáis con el debido respeto —dijo William inclinándose hacia delante en su asiento—. ¿Ahora decidme que asuntos tiene aquí en Ryhz? Y ¿por qué no fui notificado antes de vuestra llegada?

Tal vez ella no supiera mucho de las leyes de Ylenor, pero estaba segura de que no estaba dentro de ellas solicitar permiso para viajar de una ciudad a otra. Por lo que sin apartar la mirada del elfo respondió honestamente.

—No fuiste notificado, porque no tenía la obligación de hacerlo —Al ver que el ceño del elfo se profundizaba sonrió levemente—, y lo que haga en la ciudad no es de tu incumbencia.

Una suave risilla salió de los labios del joven hada que había estado observando en silencio, pero pronto fue silenciado por la mordaz mirada de William. Almic quien estaba harto de la actitud de Keira la cogió fuertemente por los brazos.

—Estoy harto de vuestra impertinencia. Vais a mostrarle a lord Milstog el debido respeto o me aseguraré de que la próxima vez recordéis vuestros modales, niña.

Ignorando la amenaza Keira se mantuvo en silencio, pero volvió su fría mirada al soldado.

Es verdad que a diferencia de otras razas los elfos tienen los sentidos menos desarrollados, sin embargo, no por eso son menos consientes de las amenazas o desafíos, y si bien Almic no era completamente consiente de la amenaza que ella representaba para él, ciertamente reconoció la provocación de Keira. Enojado apretó el agarre que tenía sobre ella antes de levantar una mano con la intención de abofetearla, pero Keira agarró su brazo justo antes de que tocara su cara y con un rápido movimiento pateó su estómago obligándolo a retroceder.

Por el rabillo de su ojo vio al ogro acercarse, pero no se movió sino hasta que este estuvo detrás de ella. Haciendo un mortal hacia atrás esquivo su agarre, aterrizando detrás de él y sin perder tiempo lo pateó en la espalda haciéndolo trastabillar. Un gruñido furioso salió de los labios de Keira cuando Almic arremetió contra ella intentando golpearla, y tuvo que usar cada onza de autocontrol para no dejar que su parte animal se hiciera cargo de la batalla. En vez de rasgar su garganta como su parte animal y magia le exigían que hiciera, bloqueó su puñetazo con su brazo y lo pateó en el pecho teniendo cuidado con la fuerza que aplicaba. Adal, quien ya se había recuperado, intentó atacarla por uno de sus costados, pero Keira ya lo había visto y con un ágil movimiento esquivó el golpe para luego darle un puñetazo en la nariz.

El ogro gruñó enojado y arremetió con más fuerza intentando asestar algún golpe, sin embargo, Keira los esquivaba todos sonriendo levemente ante la creciente frustración del hombre. Normalmente no disfrutaba las peleas o enfrentamientos, sin embargo, le causaba gracia que por una vez en su vida alguien la enfrentara sin saber realmente contra quien luchaba. No obstante, era consciente de que si seguía alargando la pelea solo estaría tentando su suerte. La voz de Layrah en su mente cada vez era más furiosa y difícil de ignorar al igual que sus intentos por tomar el control de la situación. Por lo que esquivando una vez más la patada del ogro dio un paso a la izquierda colocándose junto a él y sin dejar que se recuperara, rápidamente tocó aquel sensible punto detrás de su cuello con la presión suficiente para noquearlo. Adal cayó al suelo con un fuerte golpe.

Satisfecha por el resultado Keira volvió su atención sobre Almic quien intentaba levantarse pese a sus costillas rotas. Viendo que aún intentaba atacarla, Keira caminó lentamente hacia él dejando que sus garras y colmillos se extendieran al mismo tiempo que gruñía amenazadoramente. La mirada de enojo y miedo que vio en sus azules ojos era tan familiar para ella que por un breve momento se sintió de vuelta dentro de su celda, con Taranis y sus mercenarios vigilándola, sin embargo, apartó a un lado el sentimiento y empujó al elfo con su pie de vuelta al piso, antes de inclinarse y presionar el nervio de su cuello. Luego dirigió su mirada al joven cerca de ella, retándolo a enfrentarla.

—No soy tan tonto como para intentarlo —dijo el joven levantando sus manos en señal de rendición.

Un sonoro aplauso llamó su atención una vez más sobre lord William. El viejo elfo se encontraba reclinado en su silla sonriendo ampliamente; y al darse cuenta de la mirada de Keira se levantó y se acercó a ella sin importarle el siseo de advertencia que ella le lanzó.

—¡Eso fue esplendido! —dijo William parándose a una distancia considerable de ella—. Nadie había logrado vencer a Adal hasta ahora, y comenzaba a preguntarme si no había luchadores decentes en esta parte de Ylenor.

—Yo no llamaría a eso decente —dijo Keira fríamente, lo que le ganó una carcajada de William.

—Ciertamente no pareció ser un problema para vos —Miró una vez más a Adal y Almic, antes de asentir sonriendo—. Sí, vos me vais a ser de gran ayuda.

Keira gruñó mostrándole los dientes, pero William nuevamente la ignoró.

—Como sabréis el Jaykon se acerca y al igual que todos los años muchos luchadores estarán participando en los torneos. Hasta el momento ninguno de los hombres que he patrocinado ha podido ganar más de una o dos competiciones, lo cual es básicamente la razón por la que contraté a Adal. No obstante, me gusta tener un plan de refuerzo y vos niña sois ese plan —William la miró de arriba abajo y sonrió nuevamente—. Con vos y Adal luchando en los torneos es casi seguro que el premio metálico que otorgan por el torneo de lucha es mío.

Keira frunció el ceño. No entendía todo lo que el elfo hablaba, pero ciertamente comprendió lo principal.

—Dejadme ver si entendí. ¿Queréis que gane por vos un torneo de lucha para obtener el oro?

—Así es. Por supuesto no estaréis participando solo en ese, hay muchas competiciones las cual estoy seguro podréis ganar en caso de que Adal no lo haga.

Keira pensó en ello por un segundo. No entendía para que aquel hombre quería tanto dinero si ya era rico, y le desagradaba enormemente la codicia que podía ver en sus ojos, además si el torneo era tan grande como él lo hacía ver no había duda de que al menos uno de los mercenarios de Taranis estuviera allí para presenciarlo. No obstante, aquella idea, en vez de desagradarle la incitaba a aceptar la propuesta. Taranis esperaba que ella se estuviera ocultando, ya fuera en un bosque o

en medio de una ciudad, ciertamente no esperaría que ella saliera a la luz pública. Y eso era exactamente lo que lo hacía más divertido.

—¿Qué gano yo con todo esto? —preguntó Keira decidiendo sacar provecho de la situación.

La sonrisa de William desapareció y una mirada de incredulidad apareció en sus ojos como si no pudiera creer que ella estuviera negociando con él.

—¿Qué no escuchasteis lo que dije? Vais a participar en el Jaykon, eso es más que suficiente. Deberíais estar agradeciéndome la oportunidad, mocosa.

Keira se encogió de hombros.

—No es como si yo quisiera participar en él. Sois vos quien me quiere allí.

William frunció el ceño y la miró como si estuviera loca.

—¡Si ganáis esto seréis reconocida por todos!

—Sinceramente la fama no es lo mío, así que si no puedo obtener nada más aparte de eso no veo porque debo luchar para vos.

William entrecerró sus ojos verdes en ella y contuvo las ganas de zarandearla.

—Bien, si no lo hacéis por eso, ¿qué tal por el hecho de que estoy pasando por alto vuestras anteriores transgresiones y no os voy a mandar a azotar por ello?

Los ojos de Keira se volvieron completamente felinos ante la amenaza y un bajo gruñido salió de sus labios.

—¿Qué os hace pensar que vais a poder dar la orden antes de que yo te deje igual o peor que ellos y me marche de aquí?

William rió cruelmente.

—No os atreveríais. Si lo hacéis estarías poniendo precio a tu cabeza, preciosa.

Keira levanto una ceja y antes de que él pudiera reaccionar, acortó la distancia que había entre ellos y se colocó detrás de él. Una de sus manos estaba ubicada amenazadoramente sobre su garganta y la otra en su

pecho.

—¿Queréis apostar? —siseó en su oído—. La muerte no es algo que me preocupe William.

El regordete elfo se tensó, y se mantuvo en silencio negándose a concederle algo.

—¿Y bien? —preguntó Keira presionando levemente sus garras sobre la piel del hombre, pero sin llegar a cortarla.

William consideró por un momento negarse a darle algo, pero teniendo en cuenta lo que había pasado antes no dudaba que aquella chica cumpliría con su amenaza. Suspirando pesadamente accedió.

—Todos los hombres que estoy evaluando para el torneo se están quedando en la mansión, al igual que Adal, por supuesto vos también tendréis vuestra habitación aquí hasta que el Jaykon llegue. Además, os pagaré por vuestros servicios.

—¿Y…? —instó Keira.

—Y podréis quedaros con los demás premios que ganéis, siempre y cuando no sean en oro —escupió William entre dientes.

—Bien —asintió Keira apartando la mano de su pecho, pero mantuvo sus garras sobre su garganta—. Quiero completa libertad para vagar por la ciudad.

—¡Ya es suficiente con…! —La presión de sus garras aumentó hasta el punto de cortar levemente su piel. William apretó los dientes ante el ardor—. De acuerdo.

Keira lo liberó.

—Un placer negociar contigo —dijo sonriendo de medio lado, para mayor enojo del elfo.

—Calix muéstrale a la gata el lugar —ordenó William entre dientes.

El joven que había estado mirando todo en silencio, asintió respetuosamente intentando contener la diversión que sentía y luego de hacer una reverencia salió de la habitación, con Keira detrás de él.

Capítulo 6

Capítulo 6

El sol comenzaba a ocultarse, enviando los últimos rayos de luz a través de las plateadas y doradas hojas del bosque de Laynas, convirtiendo aquella parte del lugar en algo siniestro y fantasmal. Desconcertado Zeph observó el único sinaider intacto, sin entender como toda la tierra, árboles y plantas alrededor de él estaban quemados, mientras que este no tenía rastros de haber sufrido ningún daño. Agachándose frente a él cogió un puñado de tierra y frunció el ceño al darse cuenta que estaba húmeda.

Una rama se rompió a lo lejos y las felinas orejas de Zeph se movieron en dirección al ruido alertándole que Zach estaba de vuelta. Levantándose se sacudió las manos y se giró para enfrentar al hada.

—¿Alguna novedad? —preguntó mirando los verdes ojos de su amigo.

Zach negó con la cabeza.

—No hay ni un solo rastro que podamos seguir —El hada suspiró cansadamente y sonrió de medio lado al ver el viejo sinaider—. Es irónico como esta mañana pensé que Rowan se equivocaba, y henos aquí en medio de un bosque quemado y ni un solo hilo mágico que nos diga quien fue.

Zeph bufó imaginándose la sonrisa de satisfacción que estaba seguro Rowan tendría si se llegaba a enterar de esto.

—Es una suerte que el viejo duende aún no se haya enterado. No creo poder aguantar su sonrisa burlona si tengo que volver a verla en estos días.

El hada se rió.

—No eres el único. Estoy seguro de que si Shawn vuelve a ver esa expresión en Rowan estará más que tentado a lanzarlo por la ventana de su oficina.

Zeph asintió. No era desconocido para ellos que su amigo no era el mismo desde que Caliza despertó y, a decir verdad, no podía culparlo. No conocía todos los detalles sobre Shawn y su situación, pero estaba bastante seguro que no era agradable.

—Aun así, no entiendo como alguien puede quemar de esta manera el bosque y no dejar ningún indicio —dijo Zach regresando al tema principal—. Cualquiera pensaría que alguien con semejante poder perdería el control sobre su energía mágica, aunque fuera un poco.

Una vez más Zeph tenía que estar de acuerdo. Había pocas personas que pudieran manejar su magia hasta el punto de controlar la energía que dejan al usarla.

—Alan dijo que el incendio comenzó en la noche a juzgar por la columna de humo que se levantó a esas horas, sin embargo, está seguro de que el fuego no duro más de un par de horas y terminó extinguiéndose tan rápido como apareció —informó Zeph moviendo levemente los dedos de su mano derecha liberando parte de la tensión que tenía. Chispas azules grisáceas salieron de su mano bailando por el aire, antes de desaparecer segundos después—. Lo cual no tiene sentido si alguien perdió el control de su magia, como creíamos en un principio.

Zach asintió.

—¿Tal vez algún tipo de pelea? —preguntó el hada.

—No. De ser así hubiéramos encontrado rastros de la otra magia o en el peor de los casos algún cadáver.

—¿Entonces qué crees que sucedió?

Zeph suspiró pesadamente y movió suavemente su larga cola negra.

—A este punto, no sé qué pensar.

El fuerte ruido de alas llamó la atención de ambos hombres quienes levantaron la vista justo para ver descender a Talyx sobre ellos. El enorme animal aterrizó a varios metros de distancia y Shawn pronto bajo de él.

—Nadie en las aldeas cercanas sabe algo —informó molesto mientras se acercaba a ellos—. Sin embargo, Talyx está seguro de que quien quiera que hizo esto tuvo que haberlo hecho usando la magia de Crystalia.

Zeph miró con sorpresa al animal.

—¿Estás seguro?

El animago asintió y adoptó su forma de águila antes de volar y posarse sobre el hombro de Shawn.

—Bueno, eso complica bastante las cosas —dijo Zeph cansadamente, con todo lo que había estado ocurriendo en los últimos meses le asombraba

que aun encontrara algo que lo sorprendiera. Más chispas azules saltaron de sus dedos.

—Claro, por qué antes lo teníamos fácil ¿no? —dijo Zach burlonamente—. Es una suerte que quien quiera que hizo esto añadiera algo de emoción a nuestro trabajo, porque comenzaba a aburrirme.

Shawn bufó suavemente.

—¿Acaso el continuo rastreo de los vendedores de drogas no es suficiente desafío para ti?

—Eso son casos pasados y tienen la tendencia a ser repetitivos, sin embargo, no hay nada mejor como una investigación sin pistas para comenzar —dijo Zach encogiéndose de hombros relajadamente.

Shawn negó con la cabeza, divertido ante el sentido de humor del hada, y Zeph no pudo evitar contener una sonrisa propia. Solo Zach podía salir con algo así.

—¿Y bien? ¿qué planeas hacer ahora Zeph? —preguntó Shawn mientras acariciaba la cabeza de Talyx.

Zeph consideró la situación durante unos minutos antes de suspirar pesadamente y negar con la cabeza.

—Por ahora nada. No hay mayor cosa que podamos hacer sin tener idea de por dónde comenzar, además como antes señalaste, estamos bastante ocupados con la aparición de la última droga. Sin mencionar que aún no hemos descubierto mayor cosa sobre los cadáveres o sobre la información que Caliza nos dio.

Shawn se tensó, pero no dijo nada, y Zeph no esperaba que lo hiciera. Aunque sabía que su amigo tenía una muy buena idea de lo que estaba sucediendo con eso, no esperaba que se lo fuera a decir en algún momento cercano. Haciendo como si no hubiera visto su reacción continuó:

—Por ahora mantendremos las cosas quietas. Ya lidiare yo con Rowan si es que llega a mencionarlo.

Zach le disparó una sonrisa simpática.

—Tal vez algo de brandi de rosas te ayude.

Zeph sonrió levemente, una copa no le vendría mal.

—Tal vez.

***

Keira observó con agrado como el amanecer se elevaba poco a poco sobre la mansión, volviendo el cielo de diversos tonos de naranja y rojo, varios pájaros piaron alegremente saludando al nuevo día y los últimos vestigios de su pesadilla comenzaron a desvanecerse a medida que el sol continuaba su lento ascenso, trayendo consigo una temporánea calma que inundó su mente. No obstante, más pronto de lo que le gustaría la voz de Layrah resonó en su mente destruyendo cualquier sentimiento de tranquilidad.

—Sigo sin entender por qué estamos aquí, recluidas a esta habitación cuando podríamos estar vagando por donde fuera.

Keira suspiró y se levantó de la silla donde horas atrás se había acomodado a ver el cielo.

—Te lo dije ayer, es mejor de esta manera. Así podemos tener un poco de libertad, mientras al mismo tiempo ganamos dinero por ello.

—Si lo que querías era el dinero podías conseguirlo de otra forma —gruñó Layrah.

—No voy a robar cuando hay otras formas de conseguirlo, Layrah —dijo Keira exasperada mientras entraba en el baño y abría el grifo de la ducha—. Además, pensé que te agradaba el hecho de molestar a Taranis.

—Lo hace, pero eso no quita que deteste estar aquí. Eres demasiado blanda, Keira hay otros métodos de conseguir lo que quieres sin tener que aguantar todo esto.

Keira rodó los ojos exasperada y se apresuró en meterse bajo el agua sin importarle que aun estuviera fría. Los cortes de sus brazos y espalda picaron levemente, pero ignoró el malestar y se concentró en disfrutar del baño.

—No comiences de nuevo. Es demasiado temprano para tener que lidiar contigo.

—Admítelo, te molesta tener que quedarte aquí. Sabes que poco importan los lujos si vas a estar siendo usada como un peón.

—No estoy siendo usada —gruñó enojada—. Yo decidí participar en esto,

¿recuerdas?

—Aun así, eso no quita el hecho de que seas un peón.

Molesta Keira cerró el grifo y se apresuró a envolverse con la toalla al mismo tiempo que apretaba el control que tenía sobre Layrah, mermando levemente su voz.

Dispuesta a ignorar los caprichos, insultos y reproches de su magia se dirigió al armario que había en la habitación y jaló fuertemente las puertas de madera para luego agarrar el único traje que había colgado. Agradecía enormemente el hecho de que Calix le hubiera conseguido una muda para entrenar, eso le ahorraba tener que estarse preocupando porque alguien viera las marcas de sus brazos. No estaba segura de cuando recibiría su primera paga, y hasta entonces no podría acudir al mercado por algo de ropa.

Una vez estuvo lista, se colocó los guantes y se aseguró que el cuello de la chaqueta cubriera la cicatriz de su cuello. Satisfecha salió de la habitación y recorrió los opulentos pasillos hasta llegar al patio de armas donde varios hombres estaban calentando. Sin molestarse en reconocer a nadie, se dirigió a una zona apartada de ellos y comenzó a estirar, ignorando los susurros que su presencia ocasionó. Al parecer Calix no había perdido tiempo en comentar el hecho de que ella había vencido al ogro.

Siseando con molestia, comenzó a trotar suavemente alrededor del patio. Según lo que le había dicho Calix el día anterior, el entrenamiento matutino no comenzaba sino hasta después del desayuno, sin embargo, un poco de ejercicio extra le ayudaría a deshacerse del enojo que Layrah le había provocado, y con algo de suerte mantendría callada tanto a su magia como a su parte animal. No obstante, luego de un par de vueltas alrededor del lugar Layrah comenzó una vez más a presionar en su mente.

—Tu publico aumenta cada vez más.

Keira miró alrededor dándose cuenta que Layrah tenía razón, había más hombres que antes e incluso varias criadas se habían detenido para observar mientras susurraban entre sí.

—Déjalos que miren. No es nuestro problema.

La fría risa de Layrah resonó en su mente enviando escalofríos por su espalda.

—Pensé que te molestaba ser observada, o al menos eso era lo que

gruñías de vuelta en la celda.

—Ese lugar y este son diferentes —Keira apretó la mandíbula y aumentó el ritmo—. Las circunstancias no son las mismas.

—Ciertamente —se burló Layrah—, al menos allí te conocían. ¿Y bien? ¿Les vas a demostrar lo que puedes hacer?

Keira frunció el ceño y gruñó suavemente.

—No. Y tú no lo vas a hacer.

Una vez más Layrah rió.

—¿Cuándo vas a comprender que tarde o temprano terminaras rindiéndote? Es solo cuestión de tiempo.

Keira se tensó y luchó por refrenar sus colmillos y garras.

—Te equivocas, eso nunca sucederá —Intentando distraerse aumentó el ritmo y se concentró en el camino frente a ella—. Ahora déjame en paz.

Layrah murmuró algo más, pero ella no le prestó atención. En cambió se concentró en mantener su respiración regulada, pero cuando eso no sirvió para calmar la tensión que estaba sintiendo se obligó a mantener la mente en blanco y empujó lejos aquellos sentimientos que le molestaban. Varios minutos después escuchó a alguien acercarse a ella.

—¿Estás intentando agotarte antes del entrenamiento? —preguntó el joven tan pronto estuvo junto a ella.

Keira miró brevemente al hada, pero no le contestó. Con algo de suerte el hombre entendería la indirecta y se marcharía.

—No creo que lord William vaya a estar muy complacido si te saltas el entrenamiento —dijo sonriendo—. Y Adal no perderá la oportunidad de hacerte ver débil.

Keira bufó, y mantuvo el ritmo que llevaba.

—Soy Loian —Cuando Keira no dijo nada, el joven frunció el ceño—. Aquí es donde debes decirme tu nombre, a no ser que quieras que nos refiramos a ti como ‘la chica que pateó a Adal’. Estoy seguro que a varios de los hombres no les importará, pero en mi opinión es bastante largo.

Exasperada Keira suspiró, aquel hombre no pensaba callarse ¿o sí?

—Keira.

El hada sonrió y apartó el mechón de cabello lila que había caído sobre sus ojos.

—Significa oscura, ¿no? ¿Eso quiere decir que tienes un lado malicioso? —preguntó Loian en broma, pero Keira no pudo evitar tensarse.

No tienes ni idea pensó amargamente.

—¿No se supone deberías estar corriendo? —preguntó Keira cambiando de tema.

Loian se rió.

—Al ritmo que vas estaría agotado para el entrenamiento y no quiero meterme en problemas. Además, volar es más divertido.

Keira rodó los ojos, e intentó concentrarse en el ritmo que llevaba. Sin embargo, cuando se hizo evidente que el hada no se callaría, suspiró pesadamente y disminuyó el ritmo hasta detenerse.

—¿No deberías comenzar a estirar? —preguntó al ver que cada vez más el patio se llenaba con hombres y mujeres que acudían al entrenamiento.

—Tienes razón, ¿te molestaría ayudarme con ello?

Keira lo miró fríamente y contuvo el gruñido de molestia que pulsaba por escapar de sus labios.

Loian levantó las manos.

—Está bien, ya entendí.

Negando con la cabeza suspiró aliviada al ver marcharse al hada y se encaminó hacia una de las doncellas que estaba repartiendo toallas y botellas de agua. Agradeciéndole se secó el sudor de la frente antes de comenzar a beber de la botella.

Desde donde estaba podía ver todo el campo de entrenamiento, varios hombres recién comenzaban a estirar mientras que otros ya habían comenzado su rutina de calentamiento, un par de mujeres estaban comenzando a correr por el lugar y otras dos estiraban juntas. No le fue muy difícil deducir que las chicas tenían un tiempo difícil en medio de tantos hombres, solo tuvo que ver las miradas burlonas que varios les daban para entender que según ellos las mujeres no eran buenas para

esto.

Estaba comenzando a beber su segunda botella cuando lord William entró en el patio seguido de Adal. La mirada del ogro recorrió todo el lugar y frunció el ceño cuando la vio, divertida Keira levantó una ceja lo que causo que el ceño de Adal se profundizara. Taranis le había dicho una vez que ella tenía un talento especial para meterse debajo de la piel de los que la conocían, y al parecer no se había equivocado. Sin embargo, no podía evitarlo. En el momento que puso sus ojos sobre el ogro todos sus instintos se levantaron en alerta, de la misma forma que lo hacían cada vez que Taranis estaba cerca; su forma de actuar solo era consecuencia de ello. Llevaba tanto tiempo haciendo enojar a Taranis que no podía actuar de otra forma frente al ogro, y a decir verdad dudaba que realmente lo quisiera.

La voz de lord William resonó por el lugar.

—Soy consciente que muchos de ustedes ya sabrán sobre nuestra nueva adición —William miró a Keira con molestia evidente antes de volver su atención sobre los demás—. Sin embargo, la metodología de entrenamiento se mantendrá igual, Adal continuará liderando las sesiones y yo las supervisaré de vez en cuando. Al final de este mes decidiré quien participa en el Jaykon y quien no, sin embargo, puedo cambiar de opinión en cualquier momento, así que no se relajen.

—¡Sí, milord!

Satisfecho con la respuesta lord William asintió una vez más y salió del patio, dejando a Adal a cargo.

El ogro no tardó en comenzar el entrenamiento.

Keira observó con cierta molestia como cada uno de los veinte luchadores, se alineaban según las ordenes de Adal y comenzaban a correr detrás de él. El ogro no hacía ningún esfuerzo por mantener un ritmo que todos pudieran seguir, simplemente corría a la cabeza burlándose de aquellos que se quedaban atrás y amenazándolos con trabajo extra. Luego de dos vueltas los únicos que estaban cerca del ogro era Loian y otra chica, pero era evidente que no iban a poder mantenerse así por mucho tiempo. Finalmente, en medio de la tercera vuelta, la mirada de Adal cayó sobre ella que no se había movido desde la llegada de lord William.

—Vamos novata, nadie vagabundea bajo mi liderazgo —gritó Adal mirándola fijamente.

Bufando Keira colocó la toalla junto con la botella en el piso y se unió al grupo. Irritada por la actitud del ogro intentó mantenerse lo más lejos

posible de él, pero aquello solo trajo las burlas de Adal sobre ella.

—Ya le decía yo a lord William que no ibas a aguantar. Alguien que solo confía en su agilidad no merece estar aquí —gritó Adal por encima del hombro, sin molestarse en mirarla—. ¡Vamos novata, ponte al día!

Keira ignoró las provocaciones y continuó corriendo con los últimos del grupo. A medida que los minutos pasaban y las vueltas aumentaban su irritación crecía cada vez más, y pronto se encontró corriendo con la mirada fija en la espalda de Adal y un gruñido continuo en su garganta. Cerca de la décima vuelta Loian disminuyó el ritmo, y no pasó mucho tiempo hasta que estuviera cerca de Keira; la elfa que corría junto a él tuvo la misma suerte, ambos respiraban agitadamente y corrían torpemente.

Frunciendo el ceño Keira observó como Loian se tambaleaba intentando mantener el ritmo; no pasó mucho tiempo para que el hada se apartara del camino y vomitara. Aquello ocasionó una carcajada en Adal, y un leve sonrojo en Loian. Saliéndose del grupo, Keira se acercó al hada y se quedó cerca de él intentando saber que tan mal estaba. Notando su presencia, Loian sonrió débilmente y respiró profundo.

—Patético, ¿no?

—¿El hecho de que te excedas tanto por complacer a alguien como Adal, o el hecho de que te esfuerces? —preguntó mirándolo, Loian abrió los ojos sorprendido, pero Keira simplemente se encogió de hombros y volvió a unirse al grupo, cuando comprobó que él iba a estar bien.

El hada negó con la cabeza, sin entender del todo a la mujer frente a él. Sus palabras eran inexpresivas y sus ojos fríos, aun así, estaba intentando darle ánimos de una manera bastante extraña. Sonriendo, respiró profundo y comenzó a correr de nuevo.

Según las instrucciones de Adal todos debían correr diez vueltas más, y Keira estaba más que dispuesta a callar por unos segundos al ogro. No le importaba las burlas que Adal continuamente hacía sobre ella, pero le molestaba que continuara dejando en ridículo a Loian pese a su evidente malestar. Respirando profundamente colocó su mente en blanco y aumentó su ritmo, zigzagueando entre los luchadores hasta estar al lado del ogro y no pudo evitar sonreír al ver la sorpresa reflejada en sus ojos grises, menos aun cuando él infantilmente aumentó el ritmo tratando de dejarla atrás.

Le había dicho a Layrah que no iba a mostrarles de lo que era capaz, sin embargo, una pequeña demostración de sus habilidades no le haría daño a nadie y si molestaría enormemente al ogro. Aunque eso no significaba

que fuera a correr con todo lo que tenía.

Durante las siguientes vueltas Adal intentó mantenerse por delante de Keira, pero cada vez que aumentaba la velocidad ella volvía a igualarlo sin mucho esfuerzo. Al final, para enojo de Adal y satisfacción de Keira, el ogro tuvo que dar por terminada la carrera.

El sentimiento de satisfacción creció en ella a medida que el entrenamiento avanzaba, y pese a que intentaba reprimirlo, no pudo evitar sonreír varias veces al ver los inútiles intentos del ogro por verla fracasar; en especial cuando por culpa del enojo, la pálida piel de Adal se volvió casi purpura al ver que ella se rehusaba a participar en los combates cuerpo a cuerpo y en el manejo de armas sin importar lo que él le dijera.

Finalmente, luego dos horas entrenando se dirigió a su habitación ignorando las constantes burlas de Layrah. Al menos su parte animal quedó satisfecha con el ejercicio, solo deseaba que fuera igual de fácil calmar a su magia, Layrah podía ser bastante perturbadora.

***

Varios días habían pasado desde su investigación en el bosque y Zeph aún no podía entender como todo podía enredarse tanto. Desde que Caliza despertó, Lena había intentado descifrar que era exactamente lo que le había sucedido, sin embargo, los exámenes y pruebas que debían realizarle avanzaban lentamente debido al estado emocional de la joven, lo cual también significaba que ellos seguían sin pistas contundentes y no podían volver a preguntarle sobre lo sucedido, ya que, según su hermana había un gran riesgo de que las memorias desestabilizaran aún más a Caliza y comenzaran a afectar a su magia.

Por otro lado, los casos de personas afectadas negativamente por las nuevas drogas aumentaban cada vez más, y el rastreo de los vendedores comenzaba a dificultarse como resultado de la gran distribución que estaban teniendo. Los análisis de las pocas muestras que habían logrado recolectar estaban siendo infructuosos y los ancianos del gobierno Ylenor se negaban a declararlas ilegales sin pruebas científicas que demostraran su riesgo, no obstante, las demandas por parte de los afectados y sus familias exigían que los vendedores fueran llevados a juicio y castigados conforme a la gravedad de la situación. Crialex Wringows solo había sido uno de los cinco juzgados hasta el momento.

La situación comenzaba a salirse de las manos y el gobierno se negaba a reconocerlo. Rowan les había prohibido indagar más allá luego de que Crialex hubiera sido fichado como el responsable de aquella venta, y Zeph estaba seguro que las cosas eran más profundas que eso. Como si fuera

poco el Jaykon se acercaba y los regentes de las cinco sociedades de Crystalia ya habían comenzado a elaborar los preparativos, dejándole a él y a su grupo bastantes cosas para revisar. Estaba seguro que a este ritmo iban tener que recurrir a la ayuda de sus equipos, aun cuando los hombres estaban ocupados con los casos menores y continuaban entrenándose para las labores mayores.

Suspirando se frotó suavemente las sienes y se acercó a la ventana. La energía zumbaba en el aire debido a su estrés y no pudo evitar jugar con ella mientras miraba las nubes pasar. Luego de varios minutos un pitido resonó por la oficina atrayendo la atención de Zeph.

Sacando la flor de cristal de su bolsillo observó el nombre que aparecía sobre la superficie del centro azul antes de deslizar su dedo por uno de los pétalos, inmediatamente la imagen de Linaris se proyectó frente a él. La centáuride sonrió aliviada al verlo.

—Qué bueno que contestas, Tzefanyah. Me preocupaba que estuvieras ocupado.

—Siempre estoy ocupado, pero necesitaba un descanso —dijo Zeph inexpresivamente—. ¿Sucede algo?

Linaris suspiró y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Encontramos dos cuerpos más en nuestro bosque del olvido.

Zeph apretó la mandíbula y varias chispas violetas saltaron de sus dedos. Había tenido la esperanza que aquella llamada no se debiera a eso.

—En unos minutos estaremos allá. Gracias por avisarme.

La centáuride sonrió tristemente y cortó la conversación.

Frustrado Zeph volvió a guardar el comunicador en su bolsillo y salió de la oficina dispuesto a buscar a Shawn y Zach. Con esos dos ya llevaban cinco cadáveres en ese mes. No le sorprendería si Astrid —la gobernante de la sociedad centáuride— pronto exigía un concilio.

Zach estaba en el campo de entrenamiento dirigiendo a los cinco hombres que pronto conformarían parte de su nuevo grupo, sin embargo, tan pronto vio a Zeph dejó a Korran a cargo de la sesión y se unió rápidamente a él. Solo necesitaba ver la expresión tensa de su amigo para saber que tenían trabajo por hacer.

Tardaron varios minutos buscando a Shawn, pero finalmente lo encontraron en el jardín sentado junto a la fuente. Una expresión de dolor oscurecía su rostro y continuamente respiraba profundo en un vano

intento de calmarse. En la última semana aquella expresión se había vuelto frecuente en su cara; a menudo Zeph lo encontraba mirando pensativamente el aire frente a él cuando creía que nadie lo observaba. Y estaba comenzando a preocuparse por ello.

Acercándose a él, Zeph colocó una mano en su hombro para llamar su atención.

—Linaris llamó. Hay dos nuevos cadáveres —informó. Sabía que Shawn no hablaría sobre lo que le preocupaba por lo que no preguntó.

Asintiendo, Shawn se levantó y centró su atención en el problema que tenían por delante.

—Están en el bosque del olvido, ¿no?

—Por supuesto que están allí, nunca cambian de lugar —dijo Zach encogiéndose de hombros—. De posición tal vez, pero nunca salen de allí. Supongo que a la mente maestra detrás de esto le gustan los desafíos, de lo contrario no tentaría su suerte.

Shawn sonrió amargamente. Él no diría que a esa persona le gustaran los desafíos, más bien le molestaban, aunque tenía que admitir que nunca huía de uno. Desde que Caliza despertó, todas sus sospechas sobre el origen de esta situación fueron confirmadas, sin embargo, no quería revelar lo que sabía. Al menos, no hasta que encontrara una manera de que su hermana no se viera involucrada en la investigación.

—Linaris nos está esperando, debemos marcharnos —ordenó Zeph mientras extraía el cristal que decoraba la vaina de su espada. A simple vista parecía parte de las cristalinas olas azules que resaltaban sobre la funda negra, no obstante, era más que eso.

Extrayendo la energía del ambiente proyectó su magia en el cristal.

Un brillo blanco iluminó el centro de las olas y poco a poco se fue tornando azul a medida que Zeph convertía su poder en agua; una vez el centro del cristal estuvo lleno comenzó a desplazar mentalmente el agua hacia las tres crestas de las olas y de allí nuevamente al centro. El brillo que antes estaba retenido dentro del vidrio salió de él como una flecha de luz, deteniéndose a pocos metros de distancia para luego comenzar a girar en el aire mientras Zeph desplazaba el agua de una ola a la otra siguiendo un patrón invisible. Al terminar, la luz se detuvo y lentamente desapareció dejando ver a Linaris cerca de la entrada de un bosque.

Sin perder tiempo los tres centinelas cruzaron el portal estremeciéndose ligeramente ante la viscosa sensación.